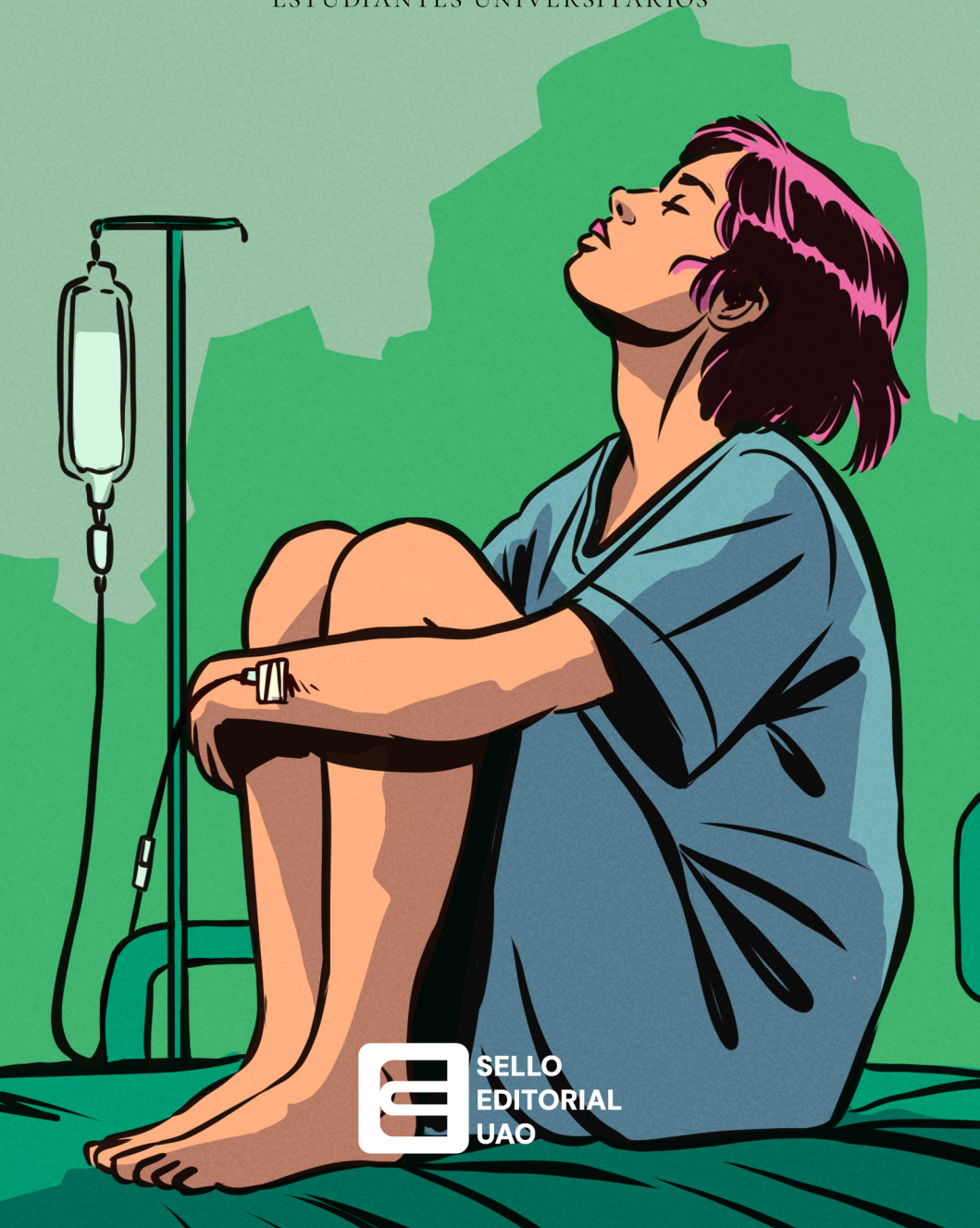
UNA CALADA DE VIDA O MUERTE Y OTROS RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS

VII Concurso Internacional de Relato Autobiográfico Breve

ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS



SELLO EDITORIAL UAO

UNA CALADA DE VIDA O MUERTE Y OTROS RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS

VII Concurso Internacional de Relato Autobiográfico Breve

ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Universidad Autónoma de Occidente

2026

Una calada de vida o muerte y otros relatos autobiográficos: VII Concurso Internacional de Relato Autobiográfico Breve / Ati Durán Izquierdo, Ferede Stiven Paredes Díaz; editora académica, María Clara Navia. — Cali: Universidad Autónoma de Occidente, 2026.

116 páginas: ilustraciones; 23 cm.

ISBN PDF: 978-958-619-254-5
ISBN impreso: 978-958-619-253-8

1. Autobiografía. 2. Relatos autobiográficos. 3. Literatura colombiana. 4. Concursos literarios. I. Durán Izquierdo, Ati. II. Paredes Díaz, Ferede Stiven. III. Navia, María Clara, editora. IV. Universidad Autónoma de Occidente.

Una calada de vida o muerte y otros relatos autobiográficos. VII Concurso Internacional de Relato Autobiográfico Breve

© Autores
Ati Durán Izquierdo
Ferede Stiven Paredes Diaz
Julián David Latorre Ortiz
Maria Fernanda Navarro Oviedo
María José Guavita Muñoz
Nazly Yajaira Estupiñán Sánchez
Nicol Valeria Medina Salazar
Pablo Nicolás Moya Klauembesch
Santiago Fernando Pulido Arango
William Rosero Castillo
Yuri Andrea Rodríguez Gómez

ISBN PDF: 978-958-619-254-5
ISBN impreso: 978-958-619-253-8

Primera edición: 2026

© Universidad Autónoma de Occidente
Km. 2 vía Cali-Jamundí, A.A. 2790
Cali, Valle del Cauca, Colombia.

El contenido de esta publicación no compromete el pensamiento de la Institución, es responsabilidad absoluta de sus autores. Tampoco puede ser reproducido por ningún medio impreso o digital sin permiso expreso de los dueños del *Copyright*.

Personería jurídica, Res. No. 0618, de la Gobernación del Valle del Cauca, del 20 de febrero de 1970. Universidad Autónoma de Occidente, Res. No. 2766, del Ministerio de Educación Nacional, del 13 de noviembre de 2003. Acreditación Institucional de Alta Calidad, Res. 23002 del 30 de noviembre de 2021, con vigencia hasta el 2025. Acreditación Internacional de Alta Calidad, acuerdo No. 85 del 26 de enero de 2022 del Cinda. Vigilada MinEducación.

Gestión Editorial

Vicerrectoría de Investigaciones, Innovación y Emprendimiento

Vicerrector de Investigaciones, Innovación y Emprendimiento
Jesús David Cardona Quiroz

Director de Divulgación y Apropiación Social del Conocimiento
José Julián Serrano Quimbaya
jjserrano@uao.edu.co

Coordinadora editorial y de visibilización de la CTeI
Angélica María Bohórquez Borda
ambohorquez@uao.edu.co

Facultad de Comunicación Social, Humanidades y Artes

Programa de Articulación con Educación Media

Editora académica
María Clara Navia Saavedra

Diseño editorial
Kevin Nieto Vallejo
kevinnieto.93@gmail.com

Impreso en Colombia

CONTENIDO

9 PRÓLOGO

PRIMER LUGAR
Yuri Andrea Rodríguez Gómez
13 UNA CALADA DE VIDA O MUERTE

SEGUNDO LUGAR
Pablo Nicolás Moya Klauembesch
23 DESDE PEQUEÑO, SIEMPRE ADMIRÉ A MI TÍA CAMELIA

TERCER LUGAR
María Fernanda Navarro Oviedo
33 ¿DÓNDE QUEDA EL LUGAR AL QUE PERTENEZCO?

PRIMERA MENCIÓN
Julián David Latorre Ortiz
41 BIOGRAFÍA DE MIAU

SEGUNDA MENCIÓN
William Rosero Castillo
51 MALENTENDIDO

TERCERA MENCIÓN
Ati Durán Izquierdo
61 SON POLVO COMO EL POLVO MISMO ES POLVO: CARTA A LA MADRE

PRÓLOGO

Se puede creer erróneamente que escribir un relato autobiográfico es imprimir sobre el texto nuestro pasado y que el lector es como un viajero en el tiempo que se convierte en testigo de los acontecimientos. Nada más lejos de la realidad. En palabras del psicólogo y sociólogo francés Maurice Halbwachs: "El recuerdo no conserva el pasado, sino que lo reconstruye".

Por tanto, los relatos autobiográficos siguientes no funcionan como aparatos mágicos que transportan lo que ya sucedió a nuestro presente. Y eso, más que defraudarnos, ubica estas producciones en un lugar de proyectos osados y complejos que no podemos sino admirar. Porque elaborar escrituralmente una anécdota es un juego de sortear el laberinto de la memoria, matizar esta con el entramado significativo de la subjetividad y, no menos importante, construir una voz retórica que se convierta en embajadora permanente y estratégica de toda miscelánea.

El resultado, seis historias que son mucho más que una secuencia de anécdotas. Son las huellas permanentes de las obsesiones, admiraciones, amores, odios, transformaciones y nostalgias de sus protagonistas. Son el recordatorio de que ser humano es una experiencia única y extraordinaria.

HERNÁN ESPAÑA

Tercer puesto

I Premio Nacional de libro de cuento infantil "Yolanda Reyes" (2022).

PRIMER LUGAR

YURI ANDREA RODRÍGUEZ GÓMEZ

Universidad Nacional de Colombia – Colombia



Biomédica por esas confusiones raras de la vida. Tengo una extraña adicción al conocimiento. Al parecer, soy discípula de Cioran. Amante de los idiomas, en especial del alemán, soy un acto fallido de filóloga en alemán de la Universidad Nacional de Colombia por su estricto enfoque laboral para el campo de la docencia, lo que deja completamente de lado el mundo real de la filología: el estudio de la cultura, la lengua y su literatura, la perspectiva que realmente me apasiona. Disfruto de largas horas de lectura, de visitar galerías o museos y danzar al ritmo de notas extrañas y perversas. Hace 30 años o más descubrí que la escritura funciona como un gran órgano resonador de mis demonios internos que, al modularlos en do, mi y sol, se transmutan en una sinfonía sensorial en la que el lector siente las punzadas de sus vibraciones al ritmo de palabras directas y sin tapujos. Una escritora cruel pero sincera, que evidencia el placer por la muerte, la lujuria, la sangre y la venganza.



UNA CALADA DE VIDA O MUERTE

Cansada de la morfina y a la vez anhelándola. Son intervalos de cuatro horas eternas, pero en menos de dos siento de nuevo la pesadez del cuerpo por una inflamación infernal en todo mi ser. Toco el timbre para decir que tengo dolor, pero las enfermeras ni se inmutan; se asoman a la habitación, pero solo me miran como si estuviera loca o fuera adicta a los opioides. Y no se equivocan, sí, soy una maldita dependiente de los medicamentos para el dolor. Ese dolor que no desaparece me ahoga, me estripa, me carcome, me vuelve mierda; solo quiero dormir y desaparecer. No aguanto más mi cuerpo, mi mente y este encierro; mis papás solo pueden visitarme cuando salen de trabajar y una pesadez invade mi cráneo al verlos agotados, tristes y hundidos en la melancolía por estar postrada en esta cama, con tratamientos invasivos que deforman mi cuerpo y alma.

Me duele el estómago, me sudan las manos, me pica la cabeza y anhelo cigarrillos sin filtro para que el tabaco cale muy dentro, se lleve mis heridas y las selle, así sea por un instante. Mientras tanto, mi sudor mantiene empapada la bata y para colmo no tengo interiores, me los quitaron las brujas para que no salga corriendo

o como forma de condena perpetua, o las dos, no lo sé. Lo único cierto es que no aguanto más, debo bañarme para calmar esta desazón, esta ansiedad que me entierra en un estanque de agua mortífera de donde, al parecer, no voy a salir jamás. Tengo poco tiempo, hacen rondas cada cuarenta minutos y el extractor se activa en el baño; debo aprovechar la bomba de infusión portable, sus ruedas chirriantes me permiten trasladarme sin la compañía de las monjas macabras de turno. Por cosas absurdas de la vida, como buena ingeniera biomédica, con título de tecnóloga en mantenimiento de equipo biomédico, más la experiencia de estar casi toda mi vida hospitalizada, reconozco fácilmente cómo detener la máquina para liberarme y poder bañarme sin ayuda. El lío es no dejar rastros en el baño. Está decidido, llevo con este pensamiento más de cuarenta y cinco minutos, sí, voy a fumar, así sea dos caladas, no más, ¡NO MÁS! No aguanto más, ¡NO AGUANTO MÁS!

Debo ser ágil y no dudarlo, "el que piensa pierde" decía mi abuelita cuando iba a desobedecer la autoridad de mi abuelo maltratador. ¡Sí!, el que piensa pierde, no voy a hacer nada malo, no voy a matar a nadie. Bueno, sí, matar la ansiedad con la adrenalina en el acto brutal de fumar en una habitación de hospital. Busco en una media, caletos, mi encendedor y el paquete de cigarrillos Pielroja: no tienen filtro y me encanta, lo malo es la cantidad de humo que desprenden y su olor pesado, pero de algo debe servir el extractor de olores. Aparte de ser fastidiosamente ruidoso, funciona a la perfección: aísla la atmósfera neblinosa y deja el cuarto de baño sin olor a cuerpo dañado o a delito fructuoso.

Logro liberarme de la bata, del suero, de la bomba de infusión y sus pitidos, la dejo en pausa y silencio la alarma para no

alborotar el avispero. Entro a la ducha con el briket y el cigarrillo, abro el grifo, estiro un pie para comprobar la temperatura, y después de perder un minuto eterno tratando de ajustarla, puedo sumergirme hacia un lado del chorro, mojar el cigarrillo sería un pecado. Entro completamente, me mojo los pies y lo enciendo, doy la primera calada, me sabe a felicidad perpetua, a marihuana de mediodía, a una línea de neblina; mi corazón se acelera, la ansiedad sube a mi cabeza, me da mareo, pero la adrenalina es la gloria. Otra calada y el humo se confunde con el vapor de la ducha hirviendo, no puedo dar más de cinco caladas porque el olor me delataría. Logro mi cometido, arrojo el resto del tabaco entre las rendijas del sifón y con los dedos del pie izquierdo restriego con fuerza y desaparece cualquier indicio del crimen; ahora debo sacar cuidadosamente la mano de la ducha y traer el splash de mango que está al lado del papel higiénico.

Mi misión es aferrarme a él como si fuera a matar a punta de gas pimienta al peor de mis enemigos; el vapor del agua y el humo de las caladas se revuelven con el splash. Saco la mano de la ducha para traer un frasco de esencia de menta hundido cerca de los interiores y de repente el baño es un sauna catalizador de tristezas. El humo se ha extinguido y solo queda mi corazón saltando de alegría y victoria ante semejante hazaña tan idiota, pero una que me ayuda a soportar esta cárcel blanca que todos los días se lleva un poco de mi yo fuerte, de mi yo con ganas de vivir, de mi yo niña. Esa suma de yoes provoca una erupción potente de mi YO suicida.

Sin embargo, eso no importa ahora, lo importante salir invicta. Debo embadurnarme con toallas de jabón líquido para intentar hacer espuma, y con mi barra de jabón del baño hacer

espuma de olor y terminar el mal llamado crimen. Salgo de la ducha rápidamente y cierro la puerta de vidrio, soy afortunada, del agua hirviendo sigue emanando humo, como de una cripta. Aprovecho el desorden de olores y de temperatura para secarme de forma violenta, ese era mi plan; sin embargo, como siempre, ningún crimen es perfecto. La señora del aseo se llevó la toalla y no tengo con que secarme. Mi cerebro trabaja a mil por hora, saca creatividad en sus últimos minutos de adrenalina y se me ocurre usar la sabana de la cama, pero está aferrada a los barrotes con un nudo horrible. Desisto de las sábanas y en mi desespero cojo la colcha blanca para secarme, antes de que llegue el purgatorio con sus rondas de malditos signos vitales. Entro al baño de nuevo, cierro y cubro el hueco de la puerta con mi saco. Es importante que el olor del baño no se escape, ni que descubran que he manipulado la bomba de infusión y mucho menos que me he bañado, no tengo permitido hacerlo sola. Me seco con presteza como si estuviera en una carrera de vida o muerte, o como si nunca me hubiese dolido un ápice esta carne defectuosa y deforme que me pesa como piedras. Como quisiera que me llevara el viento, pero solo me arrastra el tiempo. Vuelvo a sudar, logro guardar todo en la maleta y en las medias, en definitiva, es preferible que la habitación huela a menta. Escucho afuera las carcajadas de las brujas, hacen la ronda de las cuatro de la tarde. Debo apurarme, conectarme a la bomba y calcular de nuevo el tiempo de infusión. Cuando estoy en esas escucho la puerta, pero hay un silencio; logro manejar la máquina perfectamente como si fuese una enfermera profesional y permanezco en el borde de la cama, todavía húmeda y con la cobija empapada en mi regazo. Silencio. Nadie entra. Respiro. Debo aplicarme más esencia de menta en las manos, no

puedo tener ningún rastro de tabaco. Para completar la hazaña, me echo crema Johnson rosada y parezco una monja santa oliendo a bebé recién bañado.

Se abre la puerta con un estruendo, la estudiante auxiliar de enfermería entra aparatosamente en la habitación con su máquina de monitorear signos vitales para medir la presión, la saturación de oxígeno y la frecuencia cardiaca. Estoy en el borde de la cama, con el cabello empapado, la bata abierta y la cobija mojada. Antes que diga algo, ya que sus ojos ahora son gritos de cadena perpetua, me anticipo a sus palabras de interrogatorio, le grito: "¡Tengo dolor!". Decir "tengo dolor" es código rojo y para ellas en su ronda obligatoria ese código es sagrado. Se detiene y va a informarle a la enfermera jefe. Tal acción me permite acomodarme rápidamente en la cama y tender la cobija al borde de los pies, recogerme el cabello húmedo y disimular que me había bañado. En efecto, no tendría una respuesta lógica al respecto, o bueno una respuesta sí, pero no lógica para sus putas reglas de mierda. Regresa la estudiante y toma mis signos vitales, tengo la presión alta y la frecuencia superacelerada, ¿cuadro que refleja dolor?, ¿culpa?, en este caso, las dos, porque el karma regresa y siento pesadez. De nuevo, como castigo, un dolor horrible atraviesa mi médula y palpita en mis sienes.

Entra la jefe con cara de fastidio y despreocupación: "Me dicen, que tiene dolor otra vez", y yo contesto sigilosamente. Tengo la lengua pastosa entre el ir y venir de la adrenalina y el dolor real que me a recuerda que sigo ahí. "Ya le toca el medicamento, por favor recuéstese". "¡Por favor, jefe!, que sea directo porque tengo mucho dolor y ya estoy acostumbrada a la administración del medicamento de dicha manera". Me mira con burla y desprecio:

“Claro”, y un silencio perpetuo me atraviesa. Luego, la jefe de las brujas se limita escupir: “Ok, como quiera”.

El elixir entra rápidamente y atraviesa el ramillete de mis nervios; me lleva a una euforia extrema mientras la enfermera bota la aguja y me da la espalda. Una sonrisa de oreja a oreja perfora mi rostro como la sonrisa de un mal temido guasón.

SEGUNDO LUGAR

PABLO NICOLÁS MOYA KLAUEMBESCH

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso – Chile

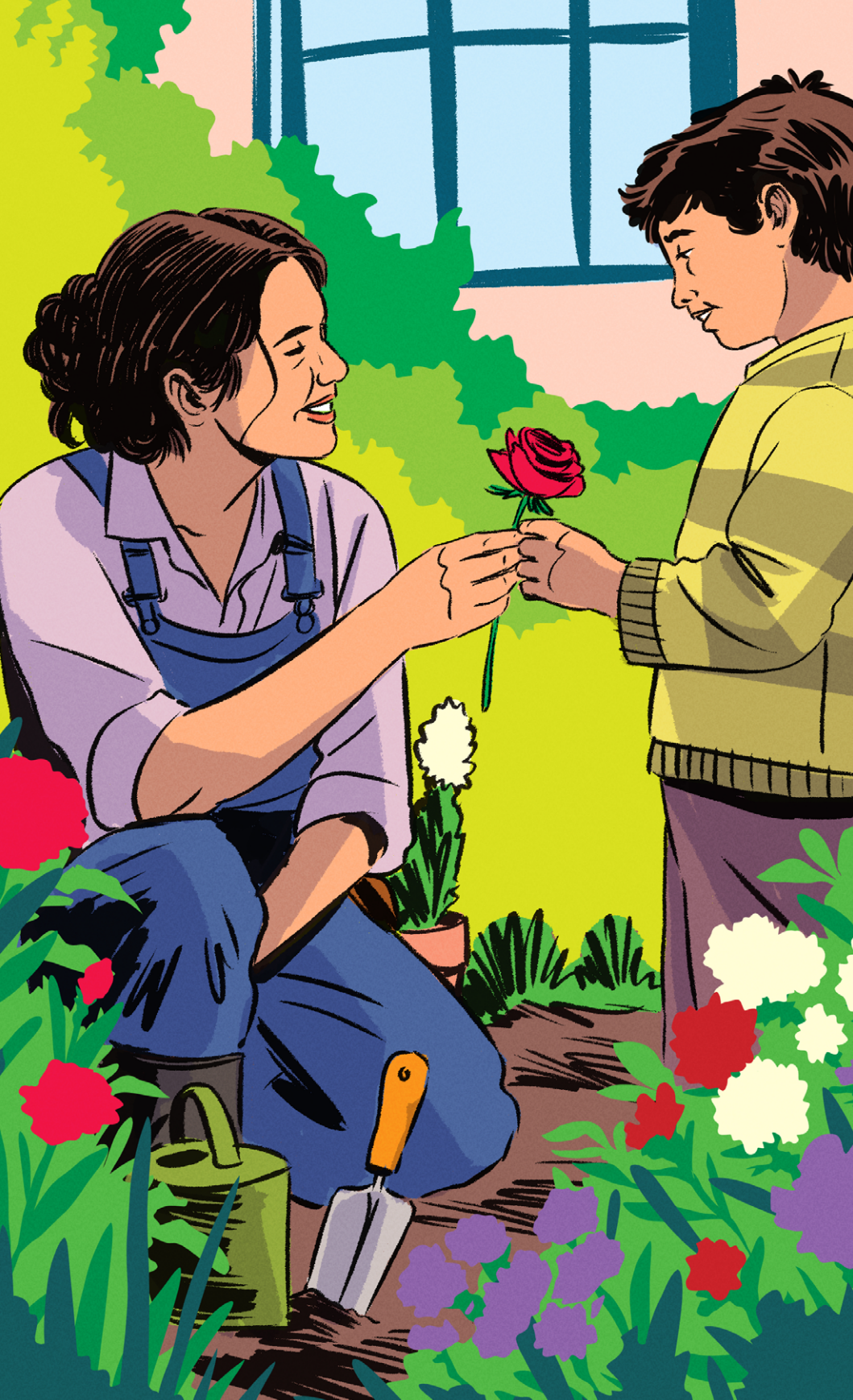


Paradoja de enciclopedia, obra en tres partes: primer acto, un niño que ama el arte en todos sus medios -desde los antiguos (clásicos literarios, obras dramáticas, pinturas, mitología) hasta los nuevos (cine, radioteatro, videojuegos)-; segundo acto, un adulto en proceso que decide obedecer a la cabeza y no al corazón -clásico error, como dije, de enciclopedia- y que al casarse con una carrera no leyó la letra fina que decía "sin devoluciones". ¿Y el tercer acto? Ah, ahí viene lo divertido: aún se está escribiendo el borrador y recibe ajustes todos los días.

Mis nombres son varios y salto de uno a otro, siguiendo a Pessoa que sabía lo divertido que era jugar a ser persona. Pero me tienden a conocer como Pablo. Mitad chileno, mitad suizo -siempre lo primero y a veces lo segundo-, intento corregir mi camino cambiando de rumbo del Derecho hacia la Literatura. Fiel discípulo de Cortázar y seguidor de Urasawa, Le Guin, Kur-

vitz, Satoshi Kon, Hitchcock, Park Chan-Wook, Béla Tar, entre decenas de artistas más, espero algún día volverme uno de ellos.

Por lo mismo, les comparto este pequeño vistazo de mi bonsái artístico. Espero que les haga sentir algo real, tal como sucedió conmigo mientras lo escribía; mas, a cambio de ello, solo les pido una cosa: que eventualmente compartan al mundo algún vistazo del suyo.



DESDE PEQUEÑO, SIEMPRE ADMIRÉ A MI TÍA CAMELIA

Durante el desarrollo de una persona como tal, vale decir, cuando obtiene algo de genuina conciencia y entiende su individualidad y por lo tanto puede determinarse a sí misma, juega un rol importantísimo el entorno en el que uno se desarrolla. Los hábitos con los que un infante convive a su alrededor terminan, a fin de cuentas, moldeando a la persona en la que se convertirá a futuro; tanto el niño que crece junto a apostadores como el niño que crece junto a artistas obtendrán alguna enseñanza de vivir con esa realidad cada día. Aun si muchas veces no es la correcta. Sobre ese tema ya mucho se puede decir. A final de cuentas, uno es uno y sus circunstancias, y cada pequeño granito de arena que cada miembro de la familia da, forma el desierto que uno es. Mentiría si negase la gran cantidad de veces en las que me han dicho "te ríes como tu papá", o "tu pose de pensar es igual a la de tu mamá", o "ese gesto que hiciste al hablar es igual al de mi tío Joche". Pero, exceptuando a mis familiares más cercanos, si no hablara de ella, le estaría faltando enormemente al respeto a quien, siento, ha sido una de las personas más influyentes en mi pasión por cualquier disciplina: la tía Camelia.

La tía Camelia vivía en la casa de mis abuelos, allá en Quilpué; aquella casa era como un santuario para la familia. Durante mi infancia, cada domingo se organizaba una junta familiar en aquel hogar, pues con las familias numerosas casi siempre hay una razón para celebrar -que el bautizo aquí, que el trabajo nuevo allá, que viva la feliz pareja, etc.-, y cuando no había una razón particular, nos reuníamos porque podíamos, porque la familia ameritaba una celebración por existir. En estos encuentros constantes, desde que tengo uso de la memoria, vi por vez primera a mi tía Camelia. El primer recuerdo que tengo de ella es el de una figura de largo overol sobre una camisa a cuadros y un sombrero con una flor atada al mismo; erguida sobre un manto de flores de diversos colores y estirpes, con una rodilla en forma de estocada sobre el suelo, observando cada capullo con paciencia cirujana para, de vez en cuando, cortar un par de tallos que sobresalían hacia otras flores, u otros que se notasen marchitos desde un comienzo. Esa silueta recortada contra las manchas multicolor en la periferia del patio trasero de la casa era una imagen que permanecía grabada en mi mente cada vez que llegaba el domingo. Por lo mismo, cada día que visitaba la casa, yo dedicaba unos cuantos minutos a contemplarla desde la ventana que daba al patio; aun si ello significaba perder un rato de juego con mis primos, o no escuchar atento a los adultos para aprender algo nuevo de las siempre invaluables "cosas de grandes" que tanto esperan conocer los niños.

Cada domingo me posaba a verla trabajar en su jardín, ella afuera y nosotros adentro. Solo la veía entrar para los saludos, las despedidas, y, por supuesto, el almuerzo; pero aún en esta última instancia se limitaba a asentir y dar respuestas justas durante la

sobremesa. Escuchaba atenta y respondía tácitamente con su dulce sonrisa, para cuando ya se despejase la mesa, salir nuevamente a sus labores de cuidado de pacientes fotosintéticos. Veía cómo esta ninfa del hogar trataba cada una de sus flores con extremo cuidado, sus crías. Las alimentaba con la botella-regadera cada vez que la tierra estaba seca; les podaba las hojas y corregía detalles que pudieran afectar su crecimiento o dañar sus raíces; se aseguraba de que la tierra de hojas sobre la que siempre plantaba fuera la más rica en nutrientes, con el alimento de mejor calidad para sus niñas. Y, cuando una de sus chiquillas ya no daba más, se pasaba la tarde completa trasplantándola, con el cuidado que requeriría una escultura de fino cristal, para intentar darle nueva vida como a un fénix. En este último proceso podía notar la pasión que mi tía sentía por sus frágiles trabajos de arte vivo, porque ¿qué es una flor sino un cuadro en constante cambio, un Van Gogh en pleno crecimiento? Cada vez que una rosa perdía sus pétalos, o que una azucena no lograba florecer, la sombra que caía en su cara debido al sombrero parecía más profunda.

Era ese amor por su disciplina, por su arte, lo que más grabado quedó en mi mente desde pequeño. Domingo tras domingo me hallaba mirando fijamente por la ventana hacia el estudio de una artista: su atril y lienzo la tierra bajo nuestros pies; sus pinceles y paleta la pala, las tijerillas de podar, el rastrillo, y los guantes. Su musa, la madre naturaleza, con su sinfonía primaveral en cada borde del patio.

Y, como buena artista que era, cada obra terminada se exhibía en su propia exposición personal dentro de la casa de mis abuelos. Girasoles en la entrada recibían contentos a cada persona que entraba al hogar desde su puesto de vigilia, donde

los primeros rayos del sol los bañaban cada día; ellos posicionados siempre en solemne saludo hacia el mismo. Calas se posaban sobre la vitrina de la sala de estar, con sus cuellos blancos siempre altos para cerrar el cuadro de antigüedad y elegancia que reflejaban las estatuillas y platos finos guardados en la misma. Los libreros del estudio de mi abuelo lucían aterciopelados iris en sus repisas, el suave lila parecía bañar la habitación con una luz del mismo tono; en las tardes el pasar de las páginas de un viejo libro era la única variación en la paz silenciosa del cuarto. Cada habitación tenía en su velador correspondiente un gladiolo acompañando a quien durmiera, la simple belleza de aquellas flores acentuaba la fuerza que cada una pasivamente brindaba a quien decidiera darse un tiempo para apreciarlas. Y, por supuesto, una perfumada rosa roja siempre adornaba la mesa de centro; su aroma, un beso de madre en la frente, más allá de lo terrenal, un pequeño regalo de la tierra demostrando que está viva y que es milagro y paraíso aquí y ahora.

Durante los primeros meses me contenté con presenciar el espectáculo como un observador pasivo. Mas, con el pasar del tiempo, aún con mis cortos siete años, quería entender a la doncella del jardín. Pero la timidez del niño y el vistazo constante a través de la ventana habían creado una especie de barrera de entrada al exclusivo salón de arte que parecía ser el patio trasero; el costo de entrada eran unos billetes de valor con monedas de vergüenza, precio que un niño no sabía ni cómo pagar. Sin embargo, el destino tuvo otros planes. Un domingo me encontraba observándola cuando, en un movimiento súbito al levantar un macetero con tierra, la pala que siempre llevaba en uno de los bolsillos a la altura del cinturón del overol se deslizó y cayó

inadvertida a sus espaldas: mientras tanto, mi tía se alejaba con el macetero hacia el otro extremo del patio, para el "cambio de turno" de sus pacientes florales.

Me quedé contemplando la pala en el suelo por unos segundos, en mi lógica de niño acababa de ocurrir un quiebre en el orden de las cosas, un punto oscuro en el sol resplandeciente. Y no podía permitir eso. Me armé de valor, atravesé el campo de fuerza que dividía la casa y el "estudio de arte", y avancé hacia el patio. Iba decidido, sin dejar de ser cuidadoso con cada paso que daba, sobre el pasto que marcaba una especie de sendero entre cada parche de jardín. Frente a la pala pasó por mi mente la posibilidad de no tomarla, de que quizás ella se molestaría conmigo por tocar algo suyo sin permiso y que sería mejor volver a mi lugar de espectador detrás del cristal. Pero parte de mí tenía curiosidad. Necesitaba saber que la persona que había estado viendo todo este tiempo era real, que ella, su amor por el arte y su calidez estaban ahí y eran tangibles. Y que esa misma energía podía ser algo a lo que yo aspiraría algún día, aun si esto último no lo sabía entonces. Algo que descubriría mucho después en la vida, y que aún sigo descubriendo.

Entonces, tomé la pala con ambas manos y avancé por el sendero verde hacia la reina de las flores. Cuando estuve a un metro de distancia me detuve. Ella tarareaba ligeramente una canción amorosa de otros tiempos, con su voz de sirena le cantaba a las plantas mientras las cuidaba. Aguanté la respiración brevemente para calmar los latidos del corazón que rebotaban en mi cabeza, y con una mano toqué levemente su hombro. El canto se detuvo y el tiempo pareció detenerse. Lentamente Camelia se volteó para mirarme, pues al principio no se había percatado de que había

salido de la casa. Su mirada parecía compartir la de mis ojos, pero mirar a través de mí al mismo tiempo. Me mantuve completamente quieto, mi mente se enfrentaba a un dilema: ¿Qué decir? En ese punto de mi vida no tenía el vocabulario para expresar cuánto había influenciado ella en mi ser, en el arte en nombre del arte; ni siquiera sabía realmente qué sentía en aquel momento. Y los bordes para definir esa sensación llegarían mucho después. Así, como una forma de romper aquel momento gélido, miré la pala y sin palabras extendí mis manos como entregando una ofrenda a la musa ante la que me aparecía. Ella la recibió entre sus manos y dio una leve sonrisa como respuesta, una como aquellas que le había visto dar tantas veces en los almuerzos. Luego se volteó, dándome la espalda, y caminó hacia otro grupo de flores para continuar con su trabajo.

En mi mente saltaba una alerta. Esto no podía terminar así. Tenía que haber algo más, tenía que expresar de alguna manera todo lo que había estado germinando en mis emociones. Tenía que hacerle saber lo importante que era.

"¡Quiero ser como tú cuando sea grande!".

Ese fue el grito de agradecimiento que salió de mi boca antes de que ella se alejase. Al escucharlo, se detuvo en seco y nuevamente se volteó hacia mí. Mirándome con la ternura de un rayo de sol en invierno, sonrió y dijo: "Me da mucho gusto oírlo. Porque eres el primero que me lo dice". Después se acercó, me dio un abrazo de cariño puro, y dio un par de pasos hacia el rosal que era la pieza central de su jardín; se inclinó por un momento y luego volvió a acercarse a mí, con una rosa roja en la mano. Para entregármela se arrodilló y quedaron frente a frente nuestras miradas.

"Esta la corté especialmente para ti. Para que cuando veas una rosa, te acuerdes siempre que te quiero." La tía Camelia se levantó y volvió nuevamente a su jardín. Un mundo que era de ella y de nadie más.

Y yo entré nuevamente en este mundo aparte desde el cual podía ver el suyo. Pero con un pedacito del mismo para ver cuando quisiera, no solo en la rosa que no paraba de admirar y oler en mi mano, sino de cada rosa que viera de ahí en adelante. Cada una me recordaría a esa mujer misteriosa que era una con su disciplina, con lo que la apasionaba y le daba vida. Y que esa misma energía, al ser pura y sincera como lo era ella, podía ser semilla de pasión artística para toda persona que estuviera dispuesta a apreciarla.

Hoy por hoy, años más tarde. Me aseguro de tener siempre una rosa en mi escritorio cuando escribo, para recordar el cultivo de mi propio jardín artístico. Cultivo lento, esmerado, delicado. Flor por flor, página por página.

TERCER LUGAR

MARÍA FERNANDA NAVARRO OVIEDO

Universidad Jorge Tadeo Lozano – Colombia



Soy María Fernanda Navarro. Estudio Comunicación Social y Periodismo. A veces me gusta escribir, otras leer, otras ver películas. Tal vez, un futuro frustrado fue hacer cine.

Intentar describirme es casi imposible, y tampoco quiero caer en la típica biografía académica aburrida. Me considero una entusiasta de la vida: vivir es una de las cosas más bacanas del mundo. ¿Qué sería del mundo sin los seres humanos? Creo que, de alguna manera, siempre se puede intentar cambiarlo con sensibilidad.

Ya verás qué impresión tendrás de mí después de leer esto.



¿DÓNDE QUEDA EL LUGAR AL QUE PERTENEZCO?

Algunas personas recuerdan su infancia como una casa. Una puerta que se abre, una cocina con sopa caliente, una cama que siempre está en el mismo lugar. Yo no. Para mí, la infancia es una maleta. Una maleta grande, rota, llena de ropa arrugada, muñecas con un brazo menos o trasquiladas, papeles con dibujos y una lista infinita de cosas perdidas en el camino.

Nunca supe muy bien a dónde pertenecía. Cambiábamos tanto de ciudad, que llegué a pensar que las casas eran como ropa: se usan un tiempo y luego se desechan. Viví en lugares con olor a encierro, en apartamentos con paredes tan blancas que dolía mirarlas, en casas con patios que creían que iban a ser hogar y se volvían ruinas. Cada vez que empezaba a reconocer un camino de vuelta del colegio, ya era hora de irme.

Decir "mi cuarto" era exagerar. "Mi cama" tampoco era exacto. Me acostumbré a que las cosas no me pertenecieran del todo. Lo único realmente mío era mi cuerpo, y aun eso a veces lo dudaba.

Mi cuerpo cambió antes que el de mis amigas. Tuve senos a los nueve, caderas a los diez, y a los once ya todos me trataban dis-

tinto. Me decían "señorita" cuando yo solo quería seguir jugando con mis muñecas. Un día me vino el periodo saliendo de la piscina y lloré todo el camino a casa porque pensé que se había roto algo dentro de mí. Pero no. Solo estaba creciendo. Aunque crecer, en mi caso, fue más un salto al vacío que un proceso gradual.

La equitación era mi único lugar de pertenencia. Allí no importaban mis dudas ni mis cambios. Importaba saber sostener las riendas, mantener el ritmo, confiar en el cuerpo de la bestia y en el mío. El caballo no opinaba sobre mi forma de vestir ni sobre lo que debía ser. Solo me exigía estar presente. A veces, galopando, sentía que podía desaparecer del mundo y ser solo un soplo del viento. Pero a veces el viento no pertenece a ningún lado.

La búsqueda de pertenencia se volvió mi obsesión secreta. La camuflaba entre libros, diarios, videos, blogs, juegos de rol, disfraces. Yo no quería ser como las otras niñas, aunque muchas veces lo fingía. Jugaba con Barbies, sí, pero las mías vivían vidas complejas, se iban de viaje solas, tenían accidentes, perdían la memoria, eran libres, rebeldes, escritoras, pintoras, mujeres que no necesitaban a Ken. Tal vez ya entonces estaba tratando de inventar una infancia en la que yo cupiera mejor.

Me gustaba observar. Eso siempre. Ver sin ser vista. A veces sentía que, si me quedaba callada, podía entender el lenguaje secreto de las cosas. Observaba a mi mamá cuando pensaba que yo no la miraba. Ella tenía un talento particular para desaparecer incluso estando presente. Nunca supe con certeza a qué se dedicaba. A veces tenía dinero. A veces no. A veces estaba furiosa. A veces triste. Una vez escuché la palabra "narco" en una conversación a media voz. Luego vinieron otras: "cárcel", "lavado", "peligro".

Pero nadie decía nada directo. El silencio era norma. Aprendí a no preguntar. Y así, también, aprendí a callar partes de mí.

A veces me decían que era "rara". No me gustaban los juegos ruidosos, ni el reguetón, ni los concursos de belleza. Me gustaba encerrarme a escribir. Me gustaban los animales más que las personas. Soñaba con ser artista. No "famosa". Artista. Poder contar cosas. Pintar. Escribir. Hacer películas. Algo que me permitiera poner en palabras y colores lo que sentía cuando no sabía cómo hablar.

Una vez soñé que tenía un estudio propio. Una lámpara cálida, una pared llena de dibujos, una máquina de escribir. En el sueño, alguien tocaba la puerta y decía: "Ya puedes vivir aquí". Me desperté llorando. Tenía trece años. Creo que fue la primera vez que sentí lo que era el deseo de tener un lugar.

La relación con mi mamá era silenciosa. Nos queríamos, sí. Pero también nos esquivábamos. Ella estaba en muchos lugares a la vez. A veces era madre, otras veces sombra. Una vez la vi llorar. Lloraba con una copa de vino en la mano, la televisión prendida, la cocina llena de platos sucios. Me acerqué. Me miró y dijo: "Tú no tienes que repetir mi historia". Luego me abrazó. Fue un momento fugaz, pero aún lo guardo como se guarda una carta sin destinatario.

Cambiábamos tanto de ciudad que empecé a inventar versiones de mí para cada lugar. En un colegio era la tímida. En otro, la aplicada. En otro, la que escribía poemas. En otro, la que no hablaba. Nunca mentía del todo, pero editaba partes. Me convertí en editora de mí misma para poder sobrevivir.

A veces me pregunto si alguna vez fui "normal". Pero, ¿qué es eso? ¿Acaso no son normales también las niñas que crecen con

madres ausentes, con casas prestadas, con dolores sin nombre? ¿No es normal querer pertenecer a un lugar que no existe?

Quería pertenecer. No a un grupo popular, ni a una familia ideal. Quería pertenecer a algo que tuviera sentido. A un lugar donde la memoria no doliera tanto. A un espacio donde pudiera ser niña sin explicaciones, adolescente sin miedo, joven sin culpa.

La escritura fue ese lugar. Al menos por ratos. En los cuadernos pude ser muchas cosas. Pude llorar sin ser juzgada. Pude confesar que tenía miedo, que extrañaba, que no entendía a mi mamá, que me sentía rota. Pude escribir cartas que nunca envié.

Todavía no sé si pertenezco a algún lado. A veces creo que sí. Otras veces, no. Pero he aprendido que la pertenencia no siempre es un lugar físico. A veces es una escena: yo, en la pista de equitación, al atardecer. A veces es una palabra: "hogar".

La infancia no fue una casa. Fue una pregunta. Fue una espera. Fue un mapa dibujado sin calles. Y quizás eso también sea una forma de pertenecer a las que no tuvimos verdades, pero seguimos buscando.

Hoy, cuando abro mis diarios viejos, reconozco en cada página una versión de mí que solo quería quedarse en algún lado. No se trataba de estabilidad, ni siquiera de felicidad. Se trataba de dejar de sentir que todo podía desaparecer de un momento a otro. Por eso ahora escribo. Para fijar algo. Para anclar. Para recordar y poder decir esto también fui. Esto también soy.

Y porque en esta búsqueda, por más incompleta que sea, encontré algo que sí me pertenece: mi voz.

PRIMERA MENCIÓN

JULIÁN DAVID LATORRE ORTIZ

Universidad Nacional de Colombia – Colombia



Como todos los locos, estoy perdido; yo, por gusto. Para no desesperar, me agarré de la filosofía y me inventé un propósito. Pero esa blanca y europea herramienta, con la que creo los conceptos sobre los que duermo, hace temblar y me despierta en la madrugada para cuestionarme qué estoy haciendo. Escribiendo, me consuelo. Rayo la hoja para que cualquier otrx perdidx me acompañe, como otrxs lo hacen ya desde otro tiempo.



BIOGRAFÍA DE MIAU

Amanecieron mis ojos un nueve de diciembre del 2002. Lunes fatídico para mi libertad y para mi madre que parió a su primer hijo con dolor. Veintipico de años después recorro la corta cronología que ha organizado mis esperanzas y desilusiones. Me pregunto si acaso importa contar mi historia, siendo un morocho como cualquier otro en este platanal mal gestionado. Me pregunto incluso si contar mi historia es hablar de mí, ya que me pusieron Julián, pero me apodaron Miau. El nombre es cosa curiosa, se supone que responde a mi identidad, pero no tengo nada que ver con ello.

¿Quién hay que se llame a sí mismx en la soledad? Yo no me llamo, me nombran. No soy Julián, no soy Miau, me construyeron Julián, me construyeron Miau.

Nací en Bogotá, pero de rolo solo tengo las medias con chanclas. Tan pronto como pude respirar por mi cuenta, me llevaron a Yopal, Casanare. Allí conocería el desespero del calor y la calma de andar desnudo. Tiempo después –2 años y 31 días para ser precisos–, nació mi hermano Javier, otro morocho cualquiera para cualquiera, menos para mí. Fue mi compañero de juego en

el sinfín de piscinas que hay en Yopal. Y el mayor contrincante por el amor de mi papá. Corta fue mi estadía en el llano, pues la violencia que tanto ha marcado a mi país nos obligó a mudarnos, entonces volvimos a Bogotá. Allí conocí el desespero del frio y la calma de hacer locha en la cuatro tigres.

Si algo ha caracterizado mi vida –entiéndase como la circunstancia y las subjetividades a las que rodeo y me rodean– es un migrar eterno. En Bogotá llegué a vivir en la casa de mi abuela materna. Difícil es vivir solo en esta economía, no me imagino lo que es ser cabeza de familia y cargar con cuatro bocas hambrientas. Como era de esperarse, mi familia está construida bajo la imposición del amor monógamo y romántico. Lo que se traduce en un padre que trabaja hasta ser infiel y una madre hacinada en la cocina hasta la depresión. Yo, como infante pene-portante, fui un completo ignorante de la situación. Solo pensaba en jugar con Javi y en jugar en el colegio.

Hice mis párvulos en un jardín coqueto, donde pronto me daría cuenta de que no sé cómo comportarme en público. No pasó mucho tiempo –un año o algo así– hasta que el lomo de mi padre tuvo suficiente callo como para vivir sin depender de mi abuela. Recuerdo, y con mucho amor, la vagancia que viví por esos años. Amo el despelote. Un día salía a montar en patines, otro día me la pasaba tocando el piano, otro día balbuceaba con Javi y otros días gritaba obscenidades por la ventana. No estoy lo suficientemente viejo como para predecir mi futuro, pero sé que nunca volveré a ser tan libre. Porque nadie me permitirá ser tan ignorante como lo fui.

Por esos días vivíamos en un apartamento compartido con la familia de mi madre, ellxs en el segundo piso y nosotrxs en el

primero. Mi padre, cuya espalda se hacía cada día más fuerte, nos llevó a vivir a una casa en Nuevo Monterrey, un barrio bien fisfirisnais en Bogotá. Allí nació mi tercer hermano: Juan Diego. Fue entonces cuando el trío de jotas estuvo completo y consigné mi vida a ser persona, a saludar, a dar las gracias, a ser amigo, a ser amante, a ser hermano, a ser un odioso y a odiarme por pensar que es posible ser siempre bondadoso. Tendría yo seis años y pucho cuando a mi alrededor empezaron a preguntar por mi vocación. Bien por el capitalismo, bien porque era el hermano mayor y el primo mayor, bien por ser pene-portante, bien porque es lo que la gente mayor hace con la gente menor: orientar desde su experiencia de estar perdido y termina uno más enredado que un yipao cargao'. "¿Y Julián que quiere ser cuando grande?" preguntaba esa gente mayor. "Feliz" decía yo; raro no es que esté a punto de graduarme de filósofo. Dudo que haya un título más pretencioso y odioso, propio de un vago que espera dedicarse a vivir y no a trabajar.

Con esa consigna tatuada –la de ser feliz– andaba por la vida sonriendo a todo el que se me acercara, bregando a hacer amigos. Esfuerzo de toda mi vida, pues no he podido sentar cabeza. Vivimos año y medio en Monterrey hasta que nos mudamos a Sopó, uno de esos pueblitos de población flotante que produjo la gentrificación. Estudiaba yo en el colegio de la plaza y vivía a unos 30 minutos subiendo la loma. Para mí eran tiempos sencillos, madrugar, estudiar, jugar Halo 2 en los cyber de la plaza y volver a la casa a sentirme amado por mamá.

Fue un año rápido el que pasamos en Sopó y fue aún más rápido el que siguió cuando volvimos a Bogotá. El cambio constante de lugar y de amistades me condujo a la tristeza y por un

buen tiempo no salí de mi cuarto. Me convertí en un cascarrabias que se internaba en los juegos de Facebook y soñaba con tener un mejor amigo. Me acostumbré a ser el nuevo. A tener que hacerme incluir. Me di cuenta de que los grupos ya formados no tienen espacio para pobres diablos. Fueron tiempos de soledad y ensimismamiento. Perdí por un momento lo único firme que había tenido: mi deseo de vivir.

Siempre había sido el niño del cuadro de honor; no es que sea inteligente, más bien un animal asustado, que como no parpadea siempre presta atención. Mi rendimiento académico se desplomó con mi ánimo y las palabras de afecto en el hogar se convirtieron en exigencias sobre lo que era mi "responsabilidad". Lo único a lo que me aferraba era a mis hermanos y a mis primos, otros pobres diablos tan trasteados como yo, que desconocían el significado de responsabilidad, pero estaban resabiados en lo que respectaba a jugar. Navidad y Año Nuevo se convirtieron en mis fechas favoritas. Esas últimas semanas de diciembre se convirtieron en mi único espacio conocido, donde no tenía que presentarme, donde no tenía que reinventarme, donde se me construyó Julián.

Pasé a quinto grado y tuvimos la "última" de nuestras mudanzas. Nos fuimos de Bogotá a Armenia, Quindío. Llegué a estudiar en un colegio de hermanos maristas. Otra vez. Ser el nuevo. Presentarse. Sentirme incómodo porque no sabía dónde poner las manos. Hacer sentir incómodos a mis compañeros porque mis ojos no se apartaban. Despertar envidias porque intentaba ser amigo de los que ya eran amigos. Empezar a competir porque en todos los colegios hay que rendir. Mi primer año fue difícil. Seguía triste. No me bañaba. No me reía. No salía ni saludaba. Solo iba a estudiar porque mis papás me llevaban a correazos.

Hasta que encontré un grupito. Unos cinco manes que jugaban a correr. Cuadré bien, pa' qué. Y empecé a sentir que tenía amigos, que tenía hogar. Hasta que a mis papas les dio la grandiosa idea de volver a cambiar.

Por suerte no nos fuimos de la ciudad, solo me hicieron cambiar de colegio por cuestiones económicas. Pero sin teléfono y sin dinero resultaba imposible mantener contacto fuera del colegio. Entré a cursar mis últimos tres años de bachillerato en las Bethlemitas. "Vida tetranutra" era lo único que me decía. Otra vez a presentarme. Otra vez a incluirme. Entré en octavo. Y no fue hasta noveno (otro año de soledad) cuando pude incluirme en un grupito. El grupito de los nuevos. Conocí a una mujer encantadora: María Paula Moreno Rodríguez. Mi alma gemela, también trasteada hasta el cansancio. También acostumbrada a ser la nueva. Nos hicimos súper-dúper-ultra-mega amigxs. Mis últimos años de bachillerato fueron tiernos. Pero mis deseos nunca se cumplen y el problema de ser libre es estar siempre insatisfecho. Nos graduamos y tuvimos que decirnos adiós. Yo pensando que en Bogotá encontraría un mejor futuro y ella volviendo a Algeciras, Huila, de donde es su familia.

Con otra amistad interrumpida y la experiencia de nunca llegar a conversaciones íntimas, llegué a la facultad de filosofía. Ahora que los miro en retrospectiva –y un poco con la añoranza del viajero que abandona un amor– han sido los mejores años de mi vida. En la universidad murió Julián y nació Miau. Me encontré entonces con una manada de gaminxs que tampoco habían tenido oportunidad de llamar "hogar" a un lugar y empezamos a construir uno allí mismo. Fue tan fuerte el impacto de nuestro primer encuentro –y tan intensa la traba de esos primeros ba-

retos– que después de la pandemia corrimos a vernos de nuevo. Ya no hubo tiempo ni dinero que hicieran perder el contacto.

Hoy cargo con una infinidad de memorias y sentimientos que tendría que hacer una biografía solo de mis últimos cuatro años; pero estos no tendrían sentido sin todo lo que he vivido antes. Agradezco a esos desconocidos que me regalaron sonrisas a cambio de suspiros. Aunque voy terminando mis estudios y siento miedo de volver a ser "el nuevo"...

SEGUNDA MENCIÓN

WILLIAM ROSERO CASTILLO

Universidad del Valle – Colombia



Llegué a la literatura por casualidad, y me agrada la idea de permanecer en esta suerte de feliz indeterminación para siempre. Escribo porque no puedo hacer otra cosa. No estoy seguro de nada. Confío en el paso del tiempo como la verdadera solución a todos los problemas. Temo a la nostalgia, pero le hago alguna concesión discreta cuando no se me ocurre una buena mentira.



MALENTENDIDO

"Mi primera muda me la compraron a los dos años". Esto es lo que recuerda mi familia de la primera autobiografía que escribí, a los nueve, por idea de una catequista más bien curiosa. No puedo afirmar con certeza cuántas veces he escuchado la misma historia, pero lo cierto es que todos los años debo oírla un par de veces. Mi hermana está hablando con mamá y de pronto se vuelve imprescindible hacer una parada técnica en las memorias de mi infancia. Tal vez sea así porque soy el "bebé", y mi existencia los reúne a todos. Cada uno tiene algo para decir cuando se trata de mí, a diferencia de lo que sucede con mis hermanos mayores. Cuando los conocí ya eran unos adolescentes con vidas privadas bien definidas, a las que yo, desde luego, no iba a tener el menor acceso, salvo lo que pudiera oír a través de una puerta, y lo que pudiera entender a partir de ello.

Todo lo que sé de mi infancia lo sé por ellos, especialmente gracias a mi hermana, quien tiene una debilidad casi patológica por el arte de contar historias. No importa si la anticipo, pues de tanto oírla puedo adivinar hacia dónde van los tiros desde el minuto cero, ella igual seguirá como si nada; lo que importa no

es transmitir una idea, un conocimiento, es el hecho de revivir el pasado contándolo, vivirlo por segunda vez o cuantas veces sea necesario, y cada tanto se renueva esta urgencia. Tengo una versión distorsionada de mi pasado, una versión edulcorada por mi familia. Me recuerdan "lindo, gordito, travieso, ladrón", y todo en el sentido amable, por mucho que robar no sea amable de ninguna manera.

Mamá dice que tenía nueve años cuando entré a la catequesis, algo con lo que no estoy de acuerdo. A los nueve ya tienes una conciencia más o menos firme, hay un suelo "narrativo", si se lo puede llamar de esta manera, desde el que te puedes relatar sin mayores complicaciones. Pero ese no es mi caso, o no lo es ahora, entonces puede que sí, que pensara con algo de claridad y viera el mundo con ojos propios, solo que ellos se encargaron de completar todas mis historias y me inocularon con la incertidumbre de no saber cuándo empiezo yo y cuándo terminan ellos. Solo estoy seguro de dos cosas: aún era "gordito" y no gordo, y aunque fuera tímido, mi necesidad de hacer parte de algo me empujó a socializar más de lo que yo habría querido.

Nací en Puerto Tejada, un pequeño municipio al norte del Cauca, fundado para concentrar a los cimarrones que habían huido de las grandes haciendas del siglo XIX. Aquí no hay grandes paisajes, el terreno es plano, y apenas tenemos un río malogrado por las empresas aledañas y la extendida costumbre de arrojar basura donde se supone que no debes hacerlo. Sin embargo, eso no significa que nosotros no podamos recordar como lo han hecho desde el principio de los tiempos: empezando por el clima.

A veces, desde algún lugar remoto, tal vez desde las cordilleras, las nubes bajan y se detienen a ras del suelo; la temperatura

desciende y uno tiene la impresión de que está muy lejos de aquí, en algún pueblo antiguo que solo hemos visto en películas, con una estética a medio camino entre lo bucólico y lo terrorífico, y nos asalta la nostalgia por una vida que no hemos vivido y que no nos pertenece. Así eran las mañanas cuando iba a la catequesis, aunque tal vez no sea verdad, así fue la mañana en la que recibí la comunión y este recuerdo pudo haber contaminado a los otros. Es lo único que recuerdo con precisión, o lo único que creo recordar: la sensación de haber trascendido, de sentirme "ligero", como creo haberle dicho a uno de mis compañeros.

Estudiaba junto a los dos hijos de una amiga de la familia. Mamá dice que se llama Xiomara y que ahora es muy feliz porque ambos le salieron buenos y la consienten en todo. Cuando pienso en ella, pienso en mi profesora de primaria, Hortensia: las dos llevaban el pelo rojo. Quizá esa es la razón de que la recordara con este nombre y no con el de Xiomara, que suena un tanto agresivo y no le hace justicia a su persona. Ella se hizo cargo de nuestra casa cuando le extirparon la matriz a mamá. Era tan eficiente, que aún hoy tengo la vaga sensación de que ella era mejor que mamá, y que entre las dos se estableció una guerra secreta por ver quién dejaba una mejor impresión en nosotros. Mis criterios eran ingenuos, y también sexistas y patriarcales: ganaba quien mejor supiera barrer, cocinar y atender las necesidades de cada uno. Como en un decatlón de alto rendimiento por ver quién era la mujer perfecta, es decir, la madre perfecta, que para muchos es casi lo mismo. Con el tiempo le concedí algo de ventaja a Xiomara; ella no estaba convaleciente, disponía de sí misma con absoluta libertad, y recibía dinero por su trabajo. Cuando recuerdo esa época la veo a ella en el lugar de mamá, y a mamá en un cuarto

oscuro, gimiendo de dolor y envuelta en capas y más capas de ropa o de cobijas. Es muy probable que todo sea una invención mía, como cuando creí haberme infiltrado en la casa de un vecino junto a mi hermano. Tuvo que pasar mucho tiempo para saber que solo fue un sueño memorable que mi cerebro se negó a desechar.

Me parece que el lugar donde hice la catequesis era un colegio que había dejado de funcionar por alguna razón, o que funcionaba cuando yo no estaba ahí, en otro horario. Éramos pocos, o al principio éramos muchos más y con el tiempo solo quedamos unos cuantos, los que teníamos papás neuróticos, de los que te llevan hasta el pupitre aunque la noche anterior ardieras en fiebre. Xiomara y mi mamá se parecían en eso. No ocupábamos las sillas de forma convencional, de adelante hacia atrás, nos colábamos alrededor de la catequista, que se hacía en el centro. Así lo recuerdo, pero no estoy seguro; también la veo frente a un escritorio, aunque "ver" no es la palabra más apropiada: no la veo, la siento. Las "imágenes" nunca vienen solas; veo a la catequista y también experimento la necesidad de darle algo, como entonces, llevarle una manzana o un dulce, como intuyo que lo hacían los hijos de Xiomara.

Del otro lado de la calle, frente al colegio, había una tienda que no puedo recordar sin atribuirle todas las condiciones de una tarde bien calurosa: tonos naranja, mosquitos, y una nube de polvo que me hacía estornudar, por mucho que en realidad fuera limpia y tuviera un aroma agradable, como de incienso. Quizá todo se deba a que el único recuerdo que tengo ahí no sea particularmente alegre. Los hijos de Xiomara llevaban más dinero que yo y compraban cosas que no me podía permitir: carritos de cartón llenos de pepitas de colores o una galleta rosa que no

volví a ver en ningún otro lugar. Los envidaba y quería ser como ellos. Siempre lucían frescos, como recién bañados, no sudaban ni se preocupaban por nada; sacaban mejores calificaciones que yo y parecían orgullosos de su aspecto inmaculado. Eran muy buenos conmigo, pero yo creía que en el fondo me despreciaban y solo toleraban mi compañía porque les divertía la influencia que tenían sobre mí. Habría hecho todo lo que me dijeran.

La ceremonia de la primera comunión ocurrió en una iglesia de mi pueblo, donde también se han celebrado muchas de las misas para difunto a las que he asistido. El lugar estaba muy bien iluminado; por la intensidad y la posición de la luz pudo haber tenido ventanas muy grandes o una claraboya en el techo. En las fotos salgo cansado y feliz a partes iguales. Nunca se me han dado bien las festividades solemnes, siento que debo poner mucho de mí y me fastidio. Hay una fotografía de mi primera graduación, de kínder a primero, y la única diferencia entre ambas es que he perfeccionado el arte de disimular. En las de mi primera comunión ya no tuerzo los pies ni distribuyo todo mi peso en una pierna y luego en la otra. Sonrío como los demás y logro mantenerme derecho, como lo dictan las convenciones, aunque no supiera abrir la boca decorosamente al momento de recibir el cuerpo de nuestro señor: saqué la lengua de más y parece que me voy a tragar la mano del sacerdote. En una salen los hijos de Xiomara, están detrás de mí, en los asientos del fondo, oscurecidos por el flash que va directo a mi cara. Llevo el cabello al rape, lo que de seguro fue idea de mi papá. Se supone que así me veía más elegante, como un "hombrecito"; nada de florituras. Como hijo de mi papá debía distinguirme del resto, su disciplina necesitaba de un correlato material.

Mi familia dice que la confesión fue un día antes, mientras que para mí todo ocurrió el mismo día, la confesión y la ceremonia. Lo cierto es que ambas tuvieron lugar en iglesias diferentes. Yo me confesé en una parroquia modesta y antigua, de aspecto corriente, es decir, con forma de casa, pero que tenía un antejardín lo bastante grande como para albergar a unos treinta fieles cada domingo, además de los que se tomaban la calle de pie o en sus propias sillas. Al sacerdote le dije lo que llevaba pensando toda la noche: he robado, he mentido, a veces soy grosero, y otras veces (aquí puede que me haya cortado), me masturbo. No lo dije con esas palabras, en realidad no sé cómo lo dije, pero estoy seguro de que me entendió. Entonces pensaba que era un gran secreto: en mi mente de niño creí haber tomado las precauciones necesarias para que nadie se diera cuenta. Decírselo a otra persona fue realmente liberador. Hice los cinco o diez padrenuestros que me ordenó el sacerdote y salí de ahí convertido en otra persona. Creo que me agarré de una barra de metal y di vueltas en ella, como en las películas; esa fue mi manera de presumir la ligereza que sentía. También intercambié impresiones con los hijos de Xiomara. De seguro ellos hicieron cosas peores que yo porque tardaron más en salir, o fueron más sinceros, o hicieron bien la tarea y anotaron todos sus pecados la noche anterior.

La catequista era muy risueña, o al menos la recuerdo así; no puedo ver su rostro, pero sí sus dientes, grandes y blancos, y la siento mover las manos enérgicamente. No sé cuál podría haber sido su verdadero propósito con lo de pedir a tres niños que escribieran una autobiografía. Yo escribí que iba desnudo por el mundo hasta los dos años, lo que no deja de maravillar a mi familia. Le cuentan esa historia a todo el mundo. Ya no me

avergüenza, nunca me avergonzó. Lamento que el recuerdo de esto eclipsara todo lo demás. No sé cómo sigue mi parrafito, si dije otra salvajada o hice una lista escueta de lo que había sido mi vida hasta ese momento. Los niños no mienten, no puedes condicionarlos con tu versión de las cosas. Dije lo que sabía; mis padres no habían creado todavía un universo de mi infancia, que luego acepté como algo propio. Mi primer recuerdo fue el de ir por la casa con la ropa puesta, tal vez el único recuerdo verdadero que tengo de esa época. Aunque no puedo descartar que todos estemos equivocados y que yo haya escrito otra cosa y ellos lo malinterpretaran por mí. Mi caligrafía no ha mejorado mucho desde entonces.

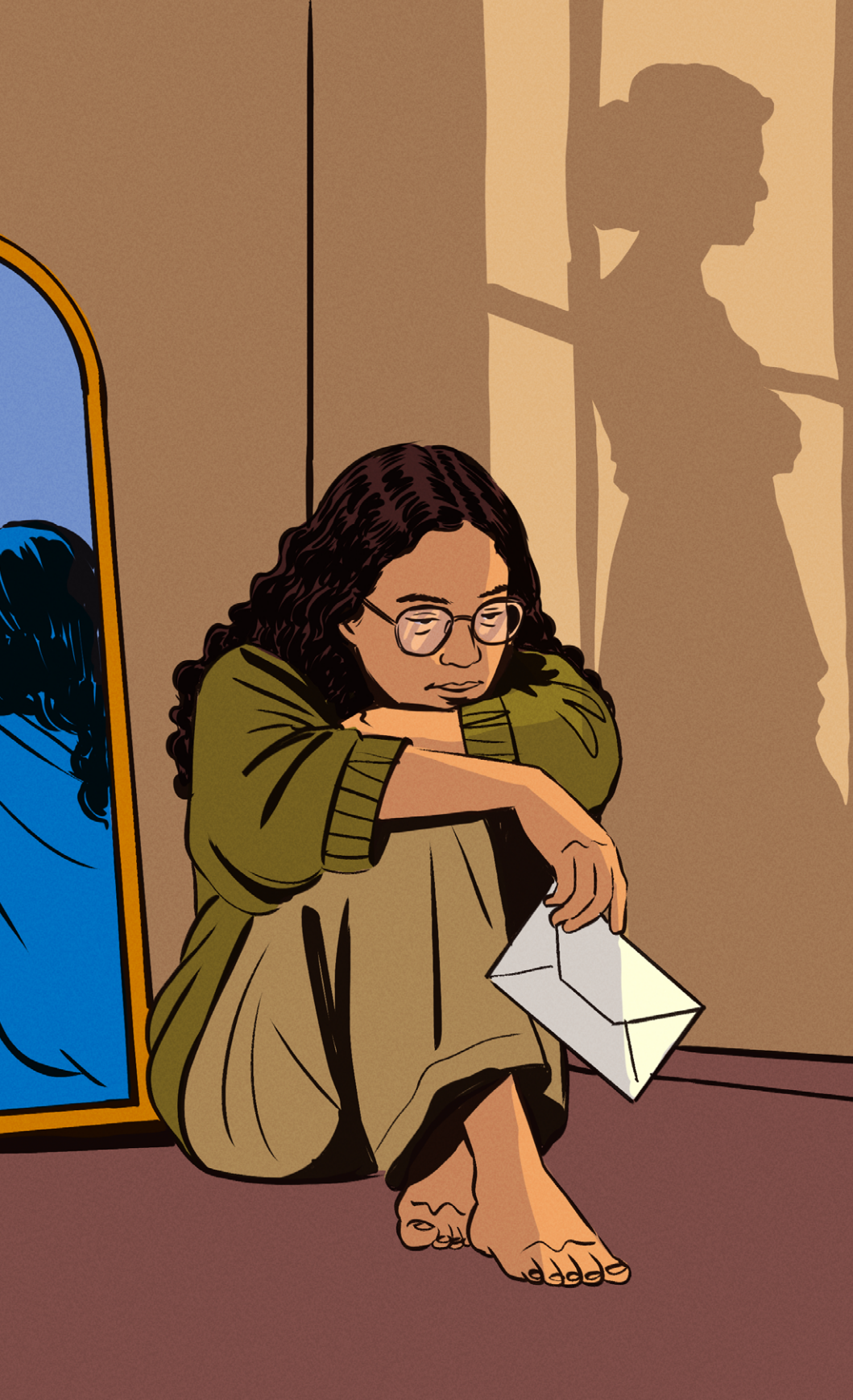
TERCERA MENCIÓN

ATI DURÁN IZQUIERDO

Universidad Nacional de Colombia – Colombia



Profesional en Literatura de la Universidad Nacional y escritora. Mi trabajo explora la narrativa y la expresión artística, y tengo un interés particular por las novelas experimentales. He colaborado con el Círculo de Saberes Ancestrales, promoviendo la creación literaria en comunidades indígenas.



SON POLVO COMO EL POLVO MISMO ES POLVO: CARTA A LA MADRE

Hace un tiempo dijiste que te odiaba. Entonces pensé en escribirte, pero no pude hacerlo sino hasta ahora, sumado a que estoy obligándome a hacerlo como un ejercicio, producto de mi desgano existencial. Dijiste que te odiaba y me resultó irónico que pensaras tal cosa, pues ¿tengo, acaso, motivos fehacientes para hacerlo? Si piensas que te odio, solo puede significar que hay un daño del que eres consciente, uno lo suficientemente terrible como para producir aquel sentimiento.

En internet se define "odiar" como "un sentimiento intenso de rechazo y aversión"; las causas posibles que se mencionan te sorprenderían. Decirle a alguien "me odias" no es poca cosa. Supongo que podrías haberte decantado por palabras menos complicadas, "estás molesta" o, incluso, "te disgusto", entonces no me hubiese quedado más que resignarme a la posible y correcta interpretación de lo que me pasa contigo. Pero elegiste el odio por sobre otros sentimientos y ahora no puedo dejar de pensar en ello. ¿Te pasa lo mismo? ¿Piensas demasiado en las palabras, en los gestos más pequeños y vuelves todo más complicado de lo que posiblemente sea? Es mi caso concreto, sé que tiendo a ir más

allá de la sencillez y la simplicidad de todo; palabra, gesto, acción o inacción. Por ello, y por mi tristeza, me tomó tanto tiempo responderte. Volvamos entonces al principio: "Me odias" es tu frase afirmativa. No sé si creerlo te sorprende o te entristece. De cualquier forma, hay preguntas que me gustaría plantear aquí, aunque no encontremos respuestas:

¿De dónde puede nacer el odio que dices que te tengo? Siempre he creído que los malos actos solo son recordados por las víctimas. Con esto no digo que yo sea una. Aquí, te aseguro, no necesitamos la sobreinterpretación.

Si de algo soy víctima es de la vida, algo que no está en tus manos. Hay otras cosas que no sé si sabes: soy una persona asustadiza. No hay cosa alguna que no me cause pánico, ¿puedes imaginarlo? Yo, tu hija, siento miedo incluso de escribir esta carta que no pretendo enviarte. Tengo miedo de levantar la voz, de caminar demasiado rápido o demasiado despacio, de ocupar un lugar. He sido siempre de esa manera, pero cuando intento recordar el evento infantil que dio paso a esto, mi memoria se vuelve difusa y no hay más que tristeza. Sí, mamá, también soy una persona profundamente triste. No puedo llorar tanto como me gustaría, me tiemblan las manos mientras te escribo y me ahogo, incapaz de respirar. Tampoco me gusta hablar; las palabras, por mucho que me gusten, me resultan enfermizas al pronunciarlas en voz alta.

Tengo miedo de la vida, me entristece la vida y hablar de la vida me causa rechazo.

¿Tiene esto algo que ver contigo? Todo tiene que ver contigo; con tu ausencia. Una ausencia tanto física como emocional. Trato de ser contenida y considerada contigo, para que mis palabras no

se malinterpreten. Quiero incluso justificarte. Pero vienen a mí algunos recuerdos. No infantiles, esos están perdidos, sino juveniles. Recuerdo la época del alcohol excesivo, ¿la recuerdas tú? Hay una noche que me persigue y me causa un estremecimiento cada vez que la recuerdo: yo estaba de pie, intentando impedirte salir, y tú tenías las manos sobre mi cuerpo con una fuerza enferma, e intentabas apartarme. Me pedías que te dejara ir, mientras yo no podía sino negarme, porque estabas muy borracha y casi era medianoche. Estaba tan asustada por lo que pudiera pasarte. ¿Qué hubiera resultado de eso? Bebías tanto, todo el tiempo. No creo que recuerdes con claridad todo el sufrimiento que me hiciste pasar. Había una urgencia en ti, buscabas algo que sigue, hasta hoy, indescifrable para mí. Siento que no me veías como a tu hija, sino como a alguien. Solo alguien. Ese año, cuando solo éramos las dos, fue un martirio, lo confieso. Me estabas matando, aunque quizá ni lo supieras. No digo que todo esto sea cierto; es mi verdad, nada más. Tu defensa puede ser otra, y puede poseer más veracidad que la mía.

Después vino aquel enamoramiento, ¿lo recuerdas? Le doblabas la edad, pero te resultó excitante, como si sintieras un chispazo de vida. Y, en cualquier otra posición, me hubiese causado alegría. Pero yo era tu hija, y estaba sola, mientras tú emprendías un romance febril. La ausencia se volvió más tosca, y creí que algo me faltaba. Te vi querer a ese con un morbo extraño; era el hijo que te hacía falta, el que no te torturaba y no salió de tus entrañas, ese que no era una ignominia. Un hijo al que alimentabas, besabas y amabas. No me necesitabas ahí porque yo era el recuerdo de la vida que tanto aborrecías. Ahora, ¿quién odia a quién? No me escuchabas, no tenías interés alguno en hacerlo, hasta que

eso, poco a poco, se fue apagando. Me obligaste a asumir una responsabilidad que no me correspondía, y me culpaste por lo poco que pude hacer con lo que estaba a mi alcance.

No me veías. No era nada. No era nadie.

Decirte que eres una persona cruel me causa dolor físico. Mataste todo dentro de mí, pero es mi culpa que ahora, que buscas, no encuentres nada. Y no es contra ti, en realidad: no me queda nada. Estoy vacía. No soy más que una ilusión de alguien que debió ser. Nunca sentí que me amaras. Yo no significaba más que un número, un producto de una relación que rechazabas. No hay nada de mí que conozcas, aunque intentes aparentarlo. Yo tampoco sé nada de ti. Pero nunca nos ha importado, ¿verdad? Hay algo difuso en esto que siento, porque siempre te has preguntado por qué recaía en ti el reclamo, y no en el padre ausente. ¿Sabes cuál es el punto que considero diferencial? Irónicamente, es esa misma ausencia. Es una ausencia pasiva y resignada, donde se asume la culpa y se vive con las consecuencias: aislamiento y silencio. En cambio, tú necesitas escuchar que te eximo de la culpa y, más allá de la aceptación, que baje la cabeza y te diga que tienes la razón. Que solo yo he sido responsable por tu modo de actuar.

¿Recuerdas los mensajes que me enviaste cuando te dije que había sido admitida en Literatura? La amenaza, como si fueras mi enemiga, el desprecio y la falta de empatía conmigo, con mis deseos, traspasó la pantalla del teléfono y me quemó los dedos. Ese día no comprendí, ya lo había hecho, más bien me resigné a nuestra inminente separación. Sentí todo el desprecio primitivo que una persona puede llegar a sentir. No era nadie para ti, todo estaba terminado, derruido. A una persona muerta, así me sentía, no debían pesarle estas cosas. No me rompiste el corazón, ya lo

habías hecho. A decir verdad, ese día fue como cualquier otro. Volviste a dejarme claro que yo no era más que la sombra de lo que deseabas y que, por culpa de tener hijos, no pudiste alcanzar.

¿Qué? ¿Entonces una madre no puede decirle nada a un hijo? Una madre puede hacerlo, pero nunca me hablaste como una. En cambio, te igualaste conmigo y usaste las palabras que más quiero para apuñalarme. Dejaste que me desangrara ya en en el suelo, inmóvil y moribunda, volviste a golpearme por quedarme calllada.

No voy a entrar en detalles; tampoco tiene sentido volver inmemorial mi propia vida.

Siempre me has dado miedo, por ello nunca te he contado nada con la misma confidencia de tus otros hijos. ¿Los ves como hijos? En cualquier caso, el miedo que siento por ti y por tus palabras no tiene fin. Es visceral, lo siento en la carne como una peste que todo lo consume. Sé que leer esto te molestaría; volverías a lo del principio: lo del odio. ¿Me llamarías insolente? Lo has hecho antes, y con qué facilidad. Sé que podrías volver a tu favor todo lo que he dicho, y no lograría defenderme porque me causas terror. "Malagradecida" es una palabra destacada en tu vocabulario; la repetirías varias veces, con desdén, con rabia. No puedo mirarte a los ojos porque estás en una guerra constante, una que no puedo pelear. Estoy cansada y no admito que me digas "malagradecida", no admito que me digas que te odio. Yo, sobre todo yo, que te viví, ahora me callo. Yo, que no me fui sino cuando ya lo tenías todo. Yo, que no soy nadie porque me quitaste la posibilidad de ser.

Sí, eres madre, pero también mujer. ¿Entonces por qué el reclamo excesivo? Vivo una vida que me pesa, una que preferiría

no vivir. Es la cobardía la que me detiene, una cobardía que tú misma sembraste. Estas manos que te escriben están rotas, y esta alma que te habla no es más que un reflejo fantasmal.

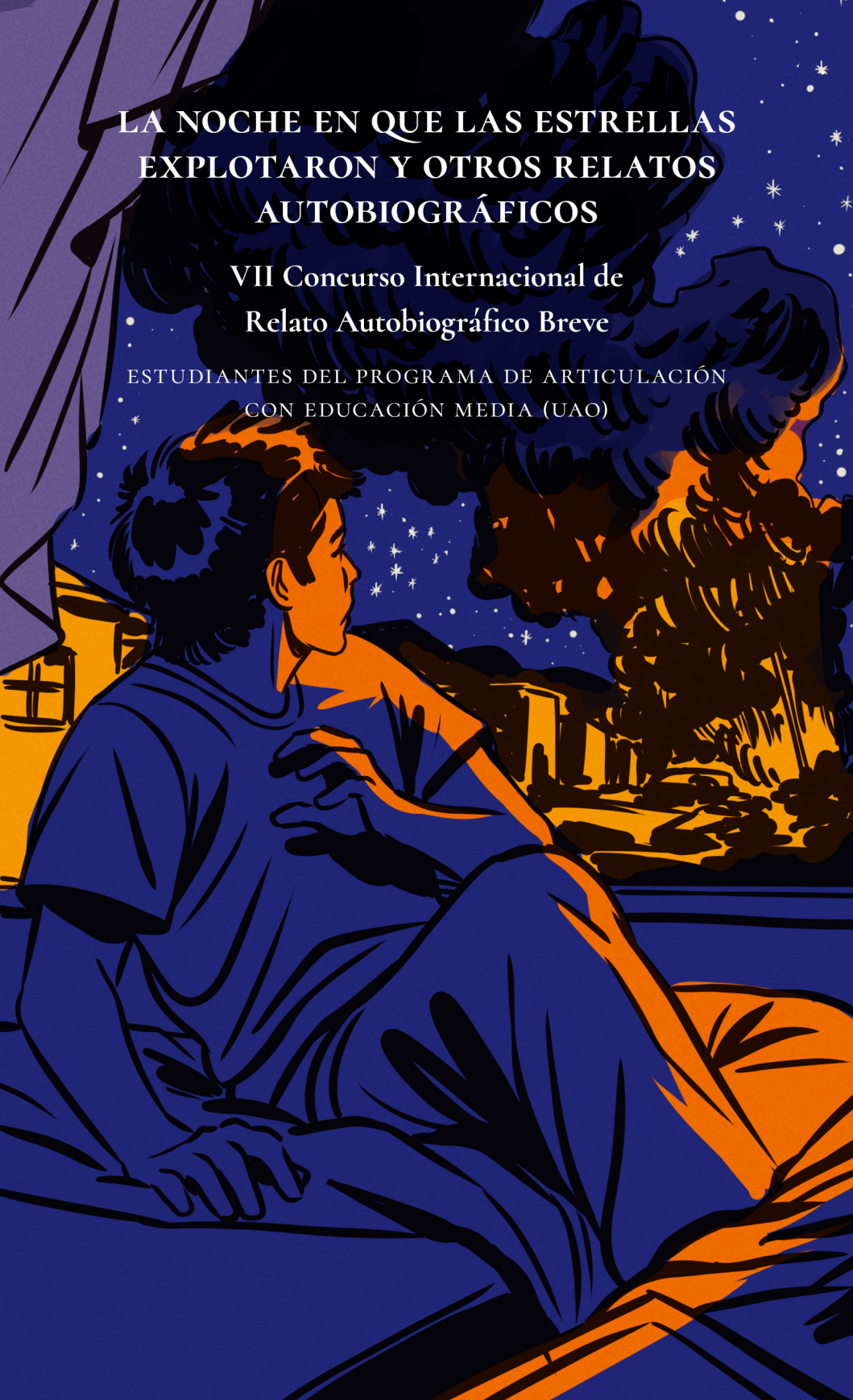
Dando la vuelta, volvemos a la pregunta de si te odio. Tú diste una respuesta sin consultarme, porque asumes el daño de forma inconsciente. Asumes que te odio porque me convertí en ausencia, pero ¿para qué ibas a necesitarme? No respondo a tus ataques, no deseo para ti ningún mal. Hablo de mi dolor porque quiero dejarlo ir. ¿Te odio, entonces? Odiar, odiar... ¿tiene alguna importancia el sí o el no? No cambia nada. Seguimos siendo las extrañas de siempre: tú molesta, indignada; yo, triste. Es lo único que puedo ser, lo único para lo que me alcanza. ¿Qué hago si para ti nada es suficiente? Mi silencio es más de lo que mis palabras podrían decirte. Mi silencio es la respuesta a tu pregunta. Todo lo que no digo es todo lo que te quiero; lo guardo dentro, ahí, donde no queda nada.

No te odio. No podría odiarte, aunque mil veces lo intentara. Siento por ti algo mucho peor que el odio: siento amor. Un amor que me consume, que me enferma y me mata. No puedo odiarte, aunque quisiera, y sé que el odio sería mejor para ti que mi amor enfermo y triste.

LA NOCHE EN QUE LAS ESTRELLAS EXPLOTARON Y OTROS RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS

VII Concurso Internacional de Relato Autobiográfico Breve

ESTUDIANTES DEL PROGRAMA DE ARTICULACIÓN CON EDUCACIÓN MEDIA (UAO)



LA NOCHE EN QUE LAS ESTRELLAS EXPLOTARON Y OTROS RELATOS AUTOBIOGRÁFICOS

VII Concurso Internacional de Relato Autobiográfico Breve

ESTUDIANTES DEL PROGRAMA DE ARTICULACIÓN CON EDUCACIÓN MEDIA (UAO)

Universidad Autónoma de Occidente

2026

CONTENIDO

75 PRÓLOGO

PRIMER LUGAR

Santiago Fernando Pulido Arango

79 LA NOCHE EN QUE LAS ESTRELLAS EXPLOTARON

SEGUNDO LUGAR

Nicol Valeria Medina Salazar

87 EL DÍA QUE SALTÉ AL VACÍO: CÓMO DEJÉ QUE EL MIEDO SE QUEDARA ATRÁS

TERCER LUGAR

Ferede Stiven Paredes Díaz

95 ¡MISIÓN BOTELLA IMPOSIBLE!

PRIMERA MENCIÓN

Nazly Yajaira Estupiñán Sánchez

103 LA PRUEBA QUE ME CAMBIÓ

SEGUNDA MENCIÓN

María José Guavita Muñoz

109 ESCRITOS PARA LA SOLEDAD

PRÓLOGO

Se encienden las luces y, de pronto, estamos ante un gran recinto lleno de pedestales sobre los que alcanzamos a ver unas pulidas vitrinas, y que en conjunto forman una serie de pasillos. Caminamos por entre estos elementos y nos damos cuenta deque somos el público de una exhibición interesante: las piezas bajo el vidrio son la exhibición de variadas formas esculpidas: algunas nos parecen familiares y cercanas, mientras otras nos son tan extrañas, que nos obligan a contemplar y entender. Cualquiera de las dos posibilidades, ninguna nos deja impasibles, algo mueve dentro de nosotros.

De eso se trata caminar por entre los pasillos de estos seis relatos autobiográficos. Como si fuesen los tesoros de un museo, capturan la esencia humana detrás de quienes se dieron a la tarea de crearlas. Cada historia nos habla del mundo que compartimos con otros, desde un pueblo, un salón de clase, un viaje..., es la historia del mundo y, a la vez, del país, de los otros y nosotros mismos.

Jorge Luis Borges afirmó que "somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes". Así que, cuando recorramos los pasillos de estas memorias ajenas, reconozcamos que al mismo tiempo estamos transitando las nuestras, en un juego interactivo de diálogo, dentro de un gigantesco museo compartido al que llamamos mundo.

HERNÁN ESPAÑA

Tercer puesto

I Premio Nacional de libro de cuento infantil "Yolanda Reyes" (2022)

PRIMER LUGAR

SANTIAGO FERNANDO PULIDO ARANGO

Liceos del Ejército Pichincha



En abril de 2024, durante mi adolescencia y mientras cursaba estudios escolares, viví un hecho trascendental que configuró la base de este relato autobiográfico: un carro bomba fue detonado frente a mi residencia. Hasta ese momento mi vida se regía por una rutina que incluía actividades académicas, tareas domésticas, convivencia familiar y la costumbre de la lectura nocturna como mecanismo para conciliar el sueño. Aunque el conflicto armado colombiano era una presencia constante en los medios y en el contexto social del país, lo percibía como un evento lejano que no afectaba mi realidad cotidiana.

Mi estructura familiar incluye a mis padres –mi padre es militar de carrera, lo que determinó la gestión en calma y ordenada de la emergencia– y a un tío, conductor de autobús, quien se encontraba en el lugar durante el suceso. La explosión causó daños materiales significativos en mi vivienda y en el entorno inmediato, así como secuelas emocionales de miedo y ansiedad.

Este relato se fundamenta en mi experiencia directa, en la reflexión posterior durante el proceso de sanación, en el contexto social que enmarca el conflicto armado colombiano, y en los gestos de solidaridad de vecinos y el apoyo de seres queridos. Lo que permitió darle sentido al evento y plasmarlo por escrito con el propósito de procesar la experiencia y concientizar sobre la importancia de luchar por la paz y proteger a los inocentes de la violencia.



LA NOCHE EN QUE LAS ESTRELLAS EXPLOTARON

El calendario marcaba el 4 de abril de 2024, una fecha que, hasta entonces, no significaba nada especial. Era un jueves común y corriente, uno de esos días que se deslizan silenciosamente hacia el fin de semana. En mi pequeño mundo, la rutina seguía su curso: colegio, tareas, cena en familia y, finalmente, mi refugio personal: la lectura nocturna. Esa noche, sin embargo, algo en el aire se sentía diferente, una tensión invisible que me mantenía inquieto.

Vivía con mi familia, compuesta por mi madre, mi padre, mi hermano y mi tío, quien se estaba quedando temporalmente en nuestra casa. Vivíamos en un barrio tranquilo, uno de esos lugares donde los vecinos se conocen por su nombre y los niños juegan en la calle hasta el anochecer. Pero incluso en los rincones más apacibles, la sombra del conflicto armado colombiano siempre acecha, como un recordatorio constante de lo frágil que es la paz. Los noticieros estaban llenos de historias sobre grupos armados, atentados y víctimas inocentes, pero esas eran solo noticias, eventos lejanos que no parecían tener cabida en nuestra realidad cotidiana.

Esa noche, después de cenar y despedirme de mis padres, me encerré en mi habitación con la esperanza de sumergirme en las páginas de un libro y dejar atrás la extraña sensación que me embargaba. Como era costumbre, me lavé los dientes, me despedí de mis padres y me fui a la cama. Normalmente, leo de uno a cuatro capítulos antes de dormir, eso me ayuda a conciliar el sueño más rápido.

Pero esa noche, leía y leía, y el sueño no llegaba. Tenía un mal presentimiento. Ya eran alrededor de las 10:00 p.m., y me pareció muy extraño no poder dormirme. Entonces, empecé a mirar las estrellas por la ventana, algo que nunca hacía, pero estaba aburrido, ¿qué más podía hacer?

Mi habitación, ubicada en la parte delantera de la casa, tenía una ventana que daba directamente a la calle. Desde allí podía ver el ir y venir de los autos, las luces de los postes y, en noches despejadas, las estrellas que titilaban en la inmensidad del cielo. Esa noche, las estrellas parecían más brillantes de lo normal, como si quisieran advertirme de algo.

Eran las 10:30 p.m. cuando el silencio de la noche se hizo añicos. Un destello cegador iluminó la habitación, seguido de un estruendo ensordecedor que sacudió los cimientos de la casa. La explosión me arrojó de la cama y, por un instante, perdí la noción del tiempo y el espacio. El mundo se había convertido en un caos de luces, ruidos y fragmentos volando por todas partes.

Cuando recuperé la conciencia, me encontré tirado en el suelo, rodeado de escombros y polvo. La ventana había desaparecido, reemplazada por un agujero negro que dejaba entrar el aire frío de la noche. Mis oídos zumbaban, mi cuerpo temblaba

incontrolablemente. El miedo me atenazaba la garganta y me impedía gritar.

En medio de la confusión, escuché la voz de mi padre, cargada de pánico y desesperación, llamándonos desde el otro lado de la casa. Al salir de mi habitación lo vi intentando reaccionar con rapidez, mientras sostenía a mi madre, que, presa del susto, se había desmayado. La escena me heló la sangre: jamás había visto algo igual.

Bajé de mi pieza a la sala y vi un espectáculo aterrador: un camión estaba destruido y quemado. Una pequeña reja del batallón, que separaba el barrio de la brigada, estaba totalmente destruida como si algo la hubiera chocado. Mi padre, un militar de carrera, intentaba mantener la calma y tomar el control de la situación:

"¡Todos adentro! ¡Rápido!", gritó, con la voz firme pero temblorosa. "¡Puede haber más explosivos!".

Obedecimos sin dudar, conscientes del peligro que acechaba en la oscuridad. Mi tío, que es conductor de autobús, lo había dejado afuera de la casa y estaba muy preocupado por lo que podía pasarle al vehículo. Mi familia y yo salimos corriendo, exponiéndonos al peligro, porque los delincuentes podrían estar cerca y detonar otro explosivo. Mi padre, gracias a su experiencia militar, tomó el control. Pensó con cabeza fría e hizo que mi madre y mi tío entraran de nuevo a la casa. Nos refugiamos en el pasillo, el lugar más seguro, y esperamos, temblando de miedo, a que llegara la ayuda.

Los minutos se hicieron eternos. Cada segundo parecía una hora, cada ruido el presagio de una nueva explosión. Afuera, las

sirenas de la policía y las ambulancias anunciaban la llegada de los equipos de rescate.

Poco después, la policía y el ejército irrumpieron en nuestra casa y nos ordenaron evacuar de inmediato. Salimos desorientados y aturdidos, y nos encontramos con una escena dantesca. La calle estaba llena de escombros y vidrios rotos. El aire olía a humo y pólvora, un olor que nunca olvidaría.

Fue un carro bomba, un camión cargado de explosivos que había sido detonado al lado de nuestra casa. Se decía que alias "Tura" era el responsable del atentado, un nombre que se grabaría a fuego en mi memoria. Por fortuna los cilindros de gas no detonaron, probablemente porque el mecanismo de activación falló, el impacto no fue suficiente o los explosivos –muchas veces improvisados, deteriorados o mal ensamblados– no lograron activarse. Eso evitó una tragedia aún mayor. Sin embargo, el daño estaba hecho: traumas y efectos colaterales para todos los que vivíamos cerca. En mi caso, fue particularmente traumático, ya que mi habitación daba directamente a la calle.

Mientras esperábamos rodeados de vecinos y curiosos, el mundo entero parecía estar al tanto de lo que había sucedido. Mi teléfono no dejaba de sonar, con mensajes y llamadas de amigos y familiares preocupados por mi bienestar. Pero yo no podía responder, estaba demasiado conmocionado para hablar.

Unos vecinos nos ofrecieron refugio en su casa, un gesto de solidaridad que nunca olvidaré. Nos acostamos en una alfombra e intenté conciliar el sueño, pero las pesadillas me invadían. En mi mente revivía una y otra vez la explosión, el destello, el estruendo, el miedo. Tenía la sensación de que, en cualquier momento, todo volvería a volar por los aires.

Al amanecer, el peligro inmediato había pasado, pero el trauma se había instalado en mí. No quería comer, tenía miedo de salir a la calle, de volver a mi casa. La explosión dejó una cicatriz imborrable en mi alma, una herida que tardaría mucho tiempo en sanar.

En los días, semanas y meses que siguieron, luché contra el miedo, la ansiedad y la depresión. Busqué ayuda profesional, hablé con mi familia y amigos, y traté de encontrar una manera de darle sentido a lo que había pasado.

Hoy, cuando miro hacia atrás y recuerdo aquella noche, puedo decir que he logrado sanar bastante. Los primeros dos o tres meses fueron difíciles: cualquier ruido fuerte o el sonido de una sirena me hacían revivir el miedo de la explosión. Con el tiempo volví a sentirme más tranquilo, aunque ahora camino por mi barrio con una atención que antes no tenía. Aquella experiencia me obligó a reflexionar sobre la realidad que vive nuestro país y sobre lo frágil que puede ser la vida. Desde entonces aprendí a valorar más cada momento con mi familia y con las personas que me rodean. Entendí que la vida es como un hilo que puede romperse en cualquier instante, por eso hoy intento actuar en el presente y no dejar para después lo que realmente importa. También comprendí que el miedo muchas veces es algo psicológico que se puede enfrentar manteniendo la calma y pensando con cabeza fría. Si algo me dejó aquella noche fue un aprendizaje claro: valorar el ahora, mantener la memoria de lo que hemos vivido como sociedad y no olvidar que, a pesar de todo, debemos buscar la fortaleza para seguir adelante.

SEGUNDO LUGAR

NICOL VALERIA MEDINA SALAZAR

Liceos del Ejército Pichincha



Soy Nicole Valeria Medina Salazar, una joven interesada en comprender y narrar la experiencia humana desde la sensibilidad, la reflexión y la palabra. Mi historia personal está atravesada por la observación de los vínculos, los cambios y las decisiones que nos forman, temas que me han llevado a mirar la vida con curiosidad crítica y empatía.

A lo largo de mi proceso formativo he aprendido a reconocer el valor de la disciplina, la constancia y el autoconocimiento. Creo en la educación como un espacio para construir criterio propio, fortalecer la ética y transformar realidades, no solo desde el saber académico, sino también desde la experiencia cotidiana.



EL DÍA QUE SALTÉ AL VACÍO: CÓMO DEJÉ QUE EL MIEDO SE QUEDARA ATRÁS

Siempre fui la chica silenciosa del salón. Esa que se sentaba en la tercera fila, junto a la ventana, que parecía atenta, pero en realidad estaba batallando con un nudo en la garganta. Sabía las respuestas, las tenía claras en mi mente, pero prefería escribirlas en mi cuaderno y no decirlas en voz alta. Aquel miedo me seguía como una sombra silenciosa. Tenía muchas ideas para proponer, pero mi boca no cedía al impulso de hablar frente a todos. Muchas veces me daban ganas de llorar, pues parecía ser la única que no podía dar su opinión.

Mi lugar seguro era mi escritorio, ese rincón donde nadie me pedía hablar, donde podía esconder mis ideas, mis sueños, mis opiniones... Todo aquello que quería decir sin atreverme a hacerlo. Prefería pasar desapercibida en silencio, escuchando a los demás, riéndome sin hacer ruido, porque mi miedo a ser juzgada era más fuerte que mis ganas de alzar la voz.

Con el tiempo, ese silencio se volvió parte de mí. Algunos pensaban que era tímida, para otros que era rara y el resto ni me notaba. Pero lo que nadie sabía era que dentro de mí había una

tormenta sin fin, donde no veía un camino claro. Una batalla constante entre lo que quería hacer y lo que el miedo me permitía.

Recuerdo una noche en específico, había tenido un mal día en la escuela, uno más de tantos en los que me guardaba lo que sentía. Al llegar a casa, mi madre me recibió como era habitual, con un abrazo cálido y la pregunta que tanto conocía.

—¿Cómo estás, hija mía?

Sonreí con aquella sonrisa que había perfeccionado durante años, una que daba a entender "todo está bien". Aunque por dentro todo se desmoronaba.

—Pues bien, ma... —le respondí en voz baja.

Pero ella me miró con esos ojos que todo lo ven, que todo lo sienten.

—¿Estás segura? Sabes que si te pasa algo, puedes confiar en mí y contarme —me dijo con cariño.

—No, ma, estoy bien, tranquila... —le aseguré aun sabiendo que dentro de mí nada estaba bien.

Subí a mi cuarto, cerré la puerta y me senté en el borde de la cama. Me quedé ahí, mirando la pared, con un peso en el pecho que no sabía cómo quitar. Aquel tormento me rodeaba, me abrumaba y me desconcertaba. Traté de aguantar lo que más pude, sin embargo, no soporté más, lloré con ese llanto que libera, que quiebra y destruye. Lloré por todas las veces que quise hablar y no pude. Por todo los "¿y si me equivoco?, "¿y si no soy suficiente?".

Después de unas dos largas horas de sollozos en silencio, caí en un sueño profundo. Era lo único que me calmaba un poco.

Al día siguiente, como si nada, volví a la escuela. Me puse el uniforme, cargué mi mochila... y también cargué, una vez más, ese temor que no me dejaba ser. En clase, la maestra pidió voluntarios

para exponer la tarea. Bajé la mirada, fingí que estaba escribiendo algo muy importante en mi cuaderno de notas. Pero en mi mente una voz –esa que había tenido callada por tanto tiempo– empezó a hacerse escuchar: "¿Hasta cuándo vas a permitir que el miedo decida por ti?".

No respondí, pero la pregunta quedó dando mil vueltas en mi cabeza durante varios días. Algo dentro de mí estaba despertando, un alma que quería enfrentar sus miedos, su pánico a hablar en público, romper aquellas cadenas que la ataban.

Dos semanas después, ocurrió algo inesperado que cambió mi vida por completo.

La profesora anunció que tendríamos un proyecto especial:

—Quien se anime a exponer, liderará el equipo —dijo, como si no supiera que esa simple frase iba a provocar un terremoto en mi interior.

Mi estómago daba vueltas, las manos me sudaban, mi corazón empezó a latir como un tambor. Entonces pasó algo que aún hoy no me explico del todo: mi mano se levantó sola. Instintiva. Como si mi cuerpo hubiera decidido por fin dejar de ser prisionero de mi solitaria mente.

La profesora me sonrió y entré en un pánico absoluto.

Esa noche no logré descansar. Pensé en mil formas de salir del proyecto, de fingir estar enferma, de esconderme. Pero también sentí algo nuevo: una chispa. ¿Y si por primera vez no huía?

Al pasar los días, se ponían más pesados. Practiqué frente al espejo, frente a mi madre, e incluso ante mi gata Princesa; mis palabras se desordenaban al expresarlas, pero cada intento era un ladrillo menos en el muro que yo me había impuesto como límite.

Llegó el día de la exposición. Me paré frente a la clase. Todos me miraban. El miedo también estaba presente; sí, seguía ahí. Aunque no desapareció de inmediato, tampoco me impidió avanzar. Él no me controlaba. Comencé a hablar, me equivoqué en algunas palabras, tartamudeé un poco... pero seguí, no me detuve.

Cuando acabé, durante un segundo eterno, hubo un silencio profundo y agobiante. Luego un murmullo vibrante creció alrededor hasta convertirse en un oleaje sonoro; eran las palmas de mis compañeros: el aplauso resonó como un abrazo colectivo en mis oídos. Una sensación de satisfacción corría por mi cuerpo, me sentía orgullosa de mí misma, fui valiente. No me dejé llevar por el miedo, el mismo que muchas veces me hundió en un mar de emociones negativas.

Ese día aprendí algo inolvidable: el verdadero salto al vacío no era hablar en público. Era confiar en mí misma, era reconocer que tenía miedo, sí, pero que también tenía el poder de enfrentarlo.

Desde entonces no volví a ser la chica silenciosa del salón. No porque empezara a hablar todo el tiempo, sino porque aprendí a hablar cuando algo es realmente importante. Porque descubrí que mi voz también merece ser escuchada.

Escribo este relato para dar a conocer mi historia. Quiero que todas aquellas personas que estén pasando por una situación similar, sepan que lo mejor que podemos hacer es atrevernos a convivir con nuestros miedos. Así le demostramos a nuestro cuerpo que no hay que temer, tenemos que lograr hacer las cosas aun con miedo, exponiéndonos poco a poco.

Cuando enfrentas tus miedos, con el tiempo pierden fuerza. Evitarlos solo te estanca en una zona de confort y te hace creer

que no hay nada más allá. Ser valiente no significa no tener miedo, sino enfrentarlo a pesar de sentirlo. No permitas que el temor o la angustia te paralicen: lo que parece imposible puede lograrse si te comprometes de verdad.

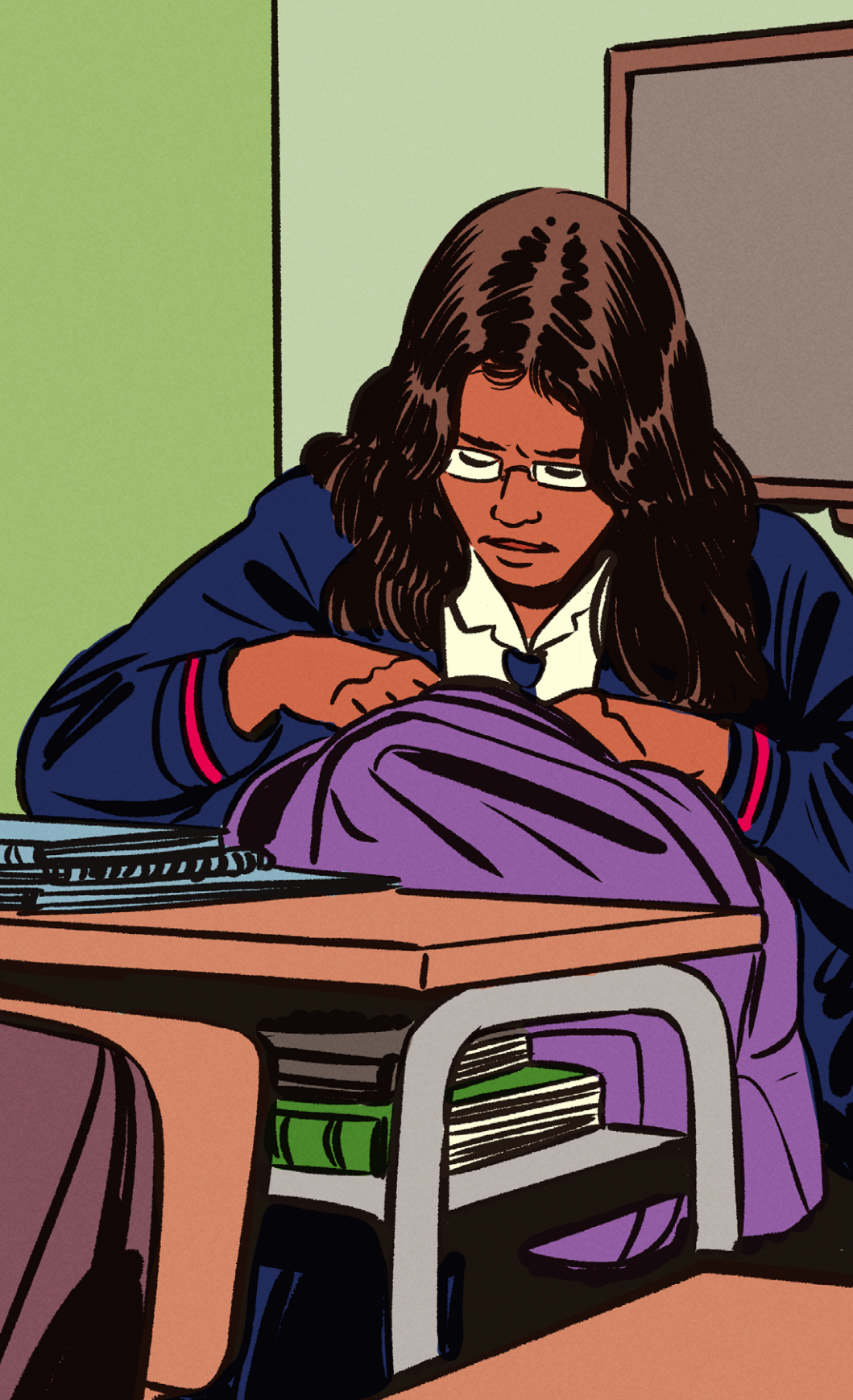
TERCER LUGAR

FEREDE STIVEN PAREDES DÍAZ

Liceos del Ejército Pichincha



Soy Ferede Stiven, tengo 17 años, nací en Barranquilla (Atlántico), pero la mayor parte de mi vida he estado en la gran ciudad de Cali. Desde temprana edad demostré un gran interés por los negocios y las finanzas. Me apasionan los negocios digitales y el *real estate*. He vivido entre advertencias, regaños y búsquedas intensas, pero con una habilidad única: encontrar el camino de vuelta a casa, con todo lo mío. Soy la prueba de que se puede vivir en el caos sin perder la esperanza.



¡MISIÓN BOTELLA IMPOSIBLE!

Era viernes. Última hora. El reloj parecía moverse más lento de lo normal y todos en 8-B ya estábamos con un pie fuera del salón, del colegio. Nuestro profesor de historia seguía allí con nosotros, pero nos había dejado algo relajado para cerrar la última hora de clase: lectura libre de la historia de La Patria Boba. Algunos se hacían los que leían, otros realmente se metían en sus libros. Yo... bueno, estaba distraído, como siempre.

De pronto, mi compañera Karol se dio cuenta de que se había perdido su botella.

Ella se paró de un salto y dijo que no estaba donde la había dejado. Esa botella morada era especial para ella. Era suya desde hacía dos años. Tenía historia. Había pasado por viajes, campamentos, castigos de educación física... y ahora no estaba.

—¡Mi botella no está! ¡Estaba aquí! —dijo desesperada.

Sus compañeras la miraban confundida desde sus pupitres.

—¿Qué botella? ¿La de siempre? ¿Revisaste bien? —preguntó Alison.

—¡Claro que sí! ¡No me la pude haber inventado! ¡La dejé justo aquí! —señaló su pupitre.

Sintió que sus palabras se le enredaban con angustia.

En menos de cinco minutos el salón era un caos, como si fuera el fin del mundo. El profesor intentaba mantenerla calma, pero era inútil. Ella estaba casi llorando.

—Tal vez alguien la cambió de lugar... o la vio por ahí —decía mientras miraba bajo su silla.

—¡Todos! Vamos a buscar con calma —ordenó el profesor, aunque su voz ya sonaba derrotada.

—¡Inicia la Operación Botella! ¡Unidad 8-B al rescate! —gritó Camilo como si estuviéramos en una película de guerra.

Todos se rieron. Menos yo, lo que había pasado no era un chiste.

No entendían. Su botella no era cualquier botella. Su abuela se la había regalado antes de fallecer. Tal vez era una tontería para los demás, pero para ella no. Era un objeto con valor emocional, con recuerdos. Era parte de su rutina diaria. Y ahora, se había esfumado.

Algunos compañeros empezaron a revisar mochilas. Con permiso, claro, pero se notaba que les molestaba tener que hacerlo. Algunos inspeccionaban entre los lockers como si realmente supieran lo que hacían. Otros simplemente fingían buscar para no quedarse cruzados de brazos. Yo, mientras tanto, revisaba debajo de los lockers y de los puestos.

Ella sentía que se hundía en el suelo. Las miradas, los suspiros, las pequeñas burlas, todo lo que le pasaba era frustrante para ella.

—Tranquila, Karol. Vamos a encontrarla —decía Alison, aunque ya no sonaba tan segura.

El tiempo avanzaba y con cada minuto sin resultados, la tensión aumentaba. Hasta que un compañero preguntó:

—¿Y si se la robaron?

Karol dijo:

—¿Robar? ¿Robar mi botella? ¿Entre mis propios compañeros?

—¡Nadie se va hasta que aparezca! —dijo el profesor con tono de Capitán América.

El profe intentó mediar.

—Haremos una última revisión. Si no aparece, el lunes lo vemos con coordinación.

La mente de Karol se nubló. No podía entender cómo algo tan importante para ella podía desaparecer así. Se sentó por un momento. Respiró hondo. Cerró los ojos. Y entonces... algo hizo "clic" en su cabeza.

Abrió los ojos de golpe.

—Espera... —susurró.

Alison la miró.

—¿Qué?

—Creo... creo que no la traje —su voz salió baja, insegura.

—¿Qué dices? —exclamó Alison con fuerza.

—Sí... sí, la lavé anoche, la puse a secar en la cocina y... ¡no la metí en la mochila!

Alison abrió los ojos como platos. Sintió que se derretía de la vergüenza.

—¡No puede ser! —murmuró Esteban al escucharlo todo. Los demás también captamos la confesión.

El silencio fue como un balde de agua helada. Laura miró a Karol como si acabara de perder toda su fe en la juventud.

Me sentí sorprendido y a la vez un poco enojado después de haberla ayudado a buscar su botella hasta en los baños. Me sentí frustrado y estresado.

La campana sonó, como una burla.

Nadie se movió al principio. Después, lentamente, comenzaron a guardar sus cosas. Esteban se fue sin hablar. Alison abrazó a Karol, pero ella sintió que la quería estrangular un poco también.

Alison, ya sin fuerzas, solo dijo:

—Espero que esto nos sirva de lección.

Y sí, fue una lección. Una dura. Sobre revisar dos veces antes de armar un caos. Sobre cómo una botella puede arruinar el día. Sobre cómo una clase entera puede darte la espalda por un error tonto.

El lunes, cuando Karol entró al salón, todos la miraban. Algunos sonrieron. Otros bajaron la vista. Otros, directamente, se burlaron. En cambio, yo me puse en los zapatos de ella. Para que superara su frustración me acerqué y le dije:

—Karol no te sientas mal por lo que pasó el viernes, eso puede pasarle a cualquiera, incluso a mí.

Karol sintió mis palabras de aliento y me agradeció.

Desde ese día aprendió a no subestimar su propia distracción. Nunca más llevó su botella al colegio. Y hasta hoy, muchos la recordamos no como "Karol, la simpática" o "Karol, la que escribe", sino como... "la de la botella".

A veces un pequeño error nos vuelve el centro de atención, pero también puede enseñarnos algo. Para mí lo más importante de esto que pasó fue la reflexión de que a veces juzgamos y no nos damos cuenta de que algo así le puede ocurrir a cualquiera.

Como a mí, que se me perdió la billetera. Pero esa es otra historia...

PRIMERA MENCIÓN

NAZLY YAJAIRA ESTUPIÑÁN SÁNCHEZ

Liceos del Ejército Pichincha





LA PRUEBA QUE ME CAMBIÓ

Faltaban solo tres días para presentar el ICFES, y en el colegio todos hablaban de lo mismo. Algunos estaban tranquilos, otros hacían chistes para disimular el nerviosismo. Yo, en cambio, sentía un nudo en el estómago. Había practicado, hecho simulacros, repasado hasta tarde... pero la duda siempre aparecía: "¿Y si no es suficiente?".

La noche anterior casi no dormí. Recordaba todas las veces que me había equivocado en los ensayos, las preguntas que no supe responder, y pensé que tal vez no estaba preparada. Sin embargo, esa mañana, al entrar al salón asignado, decidí cambiar mi forma de pensar. Me repetí una frase en silencio: "Sé que puedo hacer las cosas. Hoy voy a demostrarlo."

El ambiente en el salón era diferente a cualquier otro día. El silencio era tan profundo que se podía escuchar el sonido de las hojas al pasar. Afuera, el cielo estaba nublado, como si también supiera que era un día importante. Los aplicadores nos dieron las instrucciones con voz calmada, pero cada palabra parecía aumentar la tensión. Cuando el cuadernillo llegó a mis manos, lo miré

como si fuera un viejo conocido, uno que me había desafiado antes y que ahora me daba la oportunidad de mostrarle quién era yo.

Comencé por las preguntas más fáciles, aquellas que podía responder casi sin pensar, aplicando lo que tanto había practicado. Sentía que cada respuesta correcta era una pequeña victoria que me impulsaba a seguir. El tiempo parecía correr más rápido que nunca, pero no dejé que el miedo me detuviera. En los momentos de duda respiraba hondo y recordaba todo el esfuerzo que había puesto en prepararme.

En un momento, me encontré con una pregunta particularmente difícil. Dudé, borré, volví a escribir. Me sentí tentada a rendirme en esa parte, pero me dije a mí misma que no había llegado hasta ahí para dejar un espacio en blanco. Analicé cada opción, descarté las que no tenían sentido y, finalmente, marqué mi respuesta. Esa sensación de superar el bloqueo fue más valiosa que la respuesta en sí.

Cuando anunciaron que faltaban cinco minutos para entregar, repasé rápidamente lo que había escrito. No se trataba solo de buscar errores, sino de darme cuenta de que había llegado al final sin rendirme en ningún momento. Cerré el cuadernillo con una mezcla de alivio y orgullo. No sabía si todas las respuestas estaban correctas, pero algo dentro de mí estaba claro: había dado lo mejor de mí.

Ese día comprendí que el ICFES no solo mide lo que sabes, también mide tu capacidad de creer en ti mismo cuando más lo necesitas. Desde entonces, cada vez que me enfrento a un reto, recuerdo esa mañana: la voz en mi cabeza que dejó de decir "no puedo" y empezó a decir "voy a lograrlo". Porque, a veces, el verdadero examen no es el que está en el papel, sino el que te pones tú mismo... y aprobarlo es el inicio de todo.

SEGUNDA MENCIÓN

MARÍA JOSÉ GUAVITA MUÑOZ

Liceos del Ejército Pichincha



Soy una estudiante que disfruta escribir, debatir y aprender sobre el mundo que me rodea. Me caracterizo por ser curiosa, creativa y expresar mis ideas con autenticidad. Por medio de este relato autobiográfico comparto algunas de mis experiencias, pensamientos y la manera en que he ido construyendo quién soy hoy.



ESCRITOS PARA LA SOLEDAD

Nunca terminamos de conocer a las personas, ni siquiera a nosotros mismos. Sin embargo, escribir –y también leer– se convierten en la mejor manera de acercarnos a lo más íntimo de la existencia, a la exploración de aquellas huellas, heridas, sueños y silencios que nos definen. Esta autobiografía nace de ahí: del anhelo por comprender, recordar y, tal vez, en el camino, reconocerme en cada trazo de tinta. No quiero presentarme ni explicar quién soy con palabras vacías. Quiero que me conozcan por medio de las letras, que saquen sus propias conclusiones desde el lenguaje más honesto, ese que no miente ni embellece. Porque en los cuadernos y hojas sueltas he encontrado refugio para la soledad, un espacio donde las sombras se convierten en palabras y el dolor en algo tangible, legible, compartible.

Mi mayor admiración la tienen los niños, no los adultos con una gran carrera y una vida económicamente estable. Ellos ya dejaron de vivir para empezar a sobrevivir. Perdieron el sentido de la vida, irónicamente, buscándolo. Los adultos dejan de preguntar, se acoplan a la rutina, aceptan lo que les dan, comen sin rechistar y olvidan el arte de amar incondicionalmente, de

entregarlo todo aun sabiendo que pueden perder. Veo en ellos una libertad que el mundo apaga poco a poco: la curiosidad insaciable, la risa sin filtros, el abrazo que no calcula riesgos. No sé cuándo dejé de hacer preguntas yo misma. Tal vez fue cuando empecé a notar que no había quién las respondiera con verdad; o cuando descubrí que vacíos que nadie había dejado y que solo yo podría llenar con mis propias respuestas. Mi abuela Aurora encarnaba la esencia infantil que tanto admiro; ella nunca dejó de cuestionar el mundo, de amar con entrega total, incluso cuando la vida la ponía a prueba. Sus ojos brillaban con la misma inocencia de un niño que descubre un secreto en el patio.

Me gustaría que mi historia fuera más ligera, de hilo fino, sin tantos nudos y más fácil de contar, como un cuento de hadas sin sombras. Pero este también es un llamado: a recordar la importancia de vernos reales, a no temerle a lo que somos cuando nadie nos mira. A entender que mostrarnos frágiles no es sinónimo de cobardía, sino de valentía, pues no cualquiera es capaz de enfrentarse a sí mismo en el espejo del alma. La pandemia dejó marcado al mundo; a mí también. Pero no siempre me sentí tan perdida en ese laberinto de días repetidos y miedos sin nombre. Hubo un tiempo –aunque breve– en el que alguien supo acompañarme sin hacer preguntas innecesarias, solo con su presencia cálida y constante. Fue cuando llegó ella: mi abuela Aurora. Si me preguntan qué es la disciplina, yo les diría que era ella en cada movimiento preciso de su rutina. En la mañana hacía ejercicio con una energía que parecía eterna; luego, mientras yo estudiaba frente a la pantalla, ella cocinaba con aromas que llenaban la casa como un abrazo. Apenas terminaban las clases, la acompañaba en la cocina: aprendí a hacer pan con sus manos expertas amasando la

masa tibia, a montar la nata hasta que quedara perfecta y cremosa, a reconocer los olores de la comida –el dulzor de la vainilla, el humo sutil del café, el vapor reconfortante del sancocho–. Esos momentos eran rituales sagrados, lecciones mudas sobre perseverancia y alegría en lo cotidiano. Ella volvió a Medellín, a su vida de siempre, pero estaba acostumbrada a vivir sola. Su presencia fue un manto sobre mis penumbras, un recordatorio de que la soledad no siempre es enemiga, sino maestra.

El problema no fue la llegada de la pandemia en 2020; el problema llegó en 2022, cuando me la arrebataron de golpe. Fuimos al médico para un control como cualquier otro, de esos que se hacen por rutina. Ella dijo que sentía una bolita bajo el seno, pero nunca esperamos nada grave; era Aurora, siempre fuerte, siempre radiante. Se hicieron estudios: cáncer de mama. Nunca la vimos decaída; al contrario, seguía brillante y bonita como siempre, peinando su cabello con el mismo cuidado, riendo con esa chispa inquebrantable. Pero la enfermedad se la comía poco a poco, con una premura imprecisa, robándole el aliento en llamadas que empezaban alegres y terminaban en silencios pesados. Nos manteníamos en contacto casi a diario por teléfono y video: yo le contaba mis días, ella compartía anécdotas de Medellín, su voz era un hilo que nos unía a pesar de la distancia. Mi mundo se derrumbó el 22 de octubre de 2022. Nunca me despedí, pues sabía que si la llamaba mi voz se cortaría y mis manos temblarían como hojas en una tormenta. No llegué a escuchar su voz ni a ver el brillo de sus ojos por última vez. Ese día morimos las dos, pero solo una dejó de respirar. El vacío se instaló como una niebla espesa y desde entonces escribo para no ahogarme en él.

La culpa y el miedo todavía me consumen, como brasas que no se apagan. Me decían que no me preocupara, que ella no había sufrido y que ya descansaba, que yo había sido muy buena nieta y que realmente no tenía por qué sentirme mal. Pero el "qué tal si" me persigue: ¿y si hubiera ido antes? ¿Y si hubiera insistido en verla? Algunos maduramos con baches. Nos saltamos etapas sin darnos cuenta de que el conocimiento más valioso está en vivir, disfrutar y equivocarse sin remordimientos eternos. Por eso escribo: para aliviar el dolor de lo que no se habla, para desentrañar las capas de lo que Aurora me enseñó y de lo que yo aún no alcanzo a comprender del todo. Amen sin medida, cuestionen todo y lean; así nadie los va a controlar. Y si un día la vida se pone gris, piensen en alguien que los amó tanto como para enseñarles a montar la nata con paciencia infinita, a oler la vida con los ojos cerrados, inhalando cada matiz como si fuera el último.

Lo que destaca de mi escritura son los cambios bruscos –que se nota que no son premeditados–, cambios que fluyen y, a veces, confunden... exactamente como yo, un mosaico de contradicciones que solo cobra sentido en el papel. Soy de familia pequeña, cercana a mis papás y a unos cuantos más, esos lazos profundos que no necesitan multitudes. Me han dado todo lo que he podido pedir –amor incondicional, apoyo en las tormentas, espacio para volar– y estoy profundamente agradecida con ellos, pues aunque en ocasiones no puedan estar físicamente, han criado a una niña que se esfuerza, que siempre busca ver la vida de forma distinta, que pone primero sus principios y valores sin perder su esencia. Alguien que busca enorgullecer a quienes la han acompañado, y que, aunque no es perfecta, trata de dar lo mejor de sí en todo lo que hace. Aurora era el corazón de esa familia extendida; su

partida nos unió aún más, recordándonos que el verdadero lazo no es la presencia constante, sino las lecciones que perduran, como el aroma del pan recién horneado que aún imagino en mis sueños.

La soledad marca; a veces lastima lentamente como un cuchillo, pero también enseña lecciones que no aparecen en los libros. Y soy su fiel aprendiz. Todos tenemos algo que nos marca, una historia que nos persigue, una sombra que no se calla y nos consume. Ella duele más en la noche, cuando la ciudad calla y el silencio reina. Para esos momentos tengo a mis "personas luna": aquellas que iluminan el camino incluso en las noches más oscuras, aunque no las vea, como Aurora lo hace aún desde su ausencia, guiándome con recuerdos que parpadean en la oscuridad.

Cuando conozcan a alguien, elijan leerlo antes de cuestionarlo, pues el cuerpo –y principalmente los ojos– responden antes que las palabras y revelan verdades que la voz oculta.

Quisiera ser conocida no por quien soy en fotos o apariencias, no por mi cara o mi cuerpo, sino por lo que plasmo en cuadernos y hojas: por palabras que conectan y acompañan, por relatos que nacen de la imaginación y de lo más profundo del corazón. La escritura es mi respuesta a la pérdida de Aurora, mi forma de llenar vacíos, de revivir su brillo en cada frase. Y si acaso me preguntan quién soy, responderé: soy lo que escribo... y lo que aún me falta escribir.